



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

FACULTAD DE PSICOLOGIA

EL PAPEL DE LA PULSION DE MUERTE
EN EL PROCESO DE LA REGRESION

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADA EN PSICOLOGIA

P R E S E N T A :

MARCELA MALAGON SILVA

DIRECTOR DE TESIS: DR. JOSE DE JESUS GONZALEZ NUÑEZ



MEXICO, D. F.

2004



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A estas alturas decir igracias! me suena a poco, no tengo las palabras justas para quienes tras este recorrido han caminado conmigo. Les dedico este trabajo con mucho cariño:

A Dios por los dones que me has concedido y el amor que recibo a través de los que amo.

A mis papás por sus enseñanzas, confianza, incondicional apoyo y en especial por su invaluable amor. Los quiero mucho mucho.

A Caro, eres un regalazo en mi vida y una amiga en casa.

A las amigas de mi alma Vero, Luz, Mary, Mariana y Andrea... porque al volar me recuerdan cómo hacerlo. Gracias por sus manos que dan alas. Siempre presentes.

A mis abuelitos (los que están aquí y allá), tíos, tías, primas y primos porque siempre encuentro en ustedes el cariño y los brazos abiertos.

A mis compañeros, profesores y amigos por hacer de este viaje uno inolvidable, lleno de colores, sonrisas y mucho aprendizaje.

Agradecimientos

Al Dr. González Núñez porque en la construcción de este sueño prolongado, su compromiso y dirección han sido fundamentales para llegar a este momento. Gracias por compartir sus conocimientos, por su constante apoyo y sobre todo por su confianza y paciencia.

A la Dra. Klein por su interés en el tema, sus aportaciones certeras y puntuales y porque a través del análisis el rumbo y el sentido encontraron forma en estas páginas.

A mis sinodales por sus atinados comentarios y anotaciones y a quienes siguieron este proyecto, lo apoyaron y se entusiasmaron con él: Lic. Leticia Bustos, Lic. Asunción Valenzuela, Mtra. Georgina Montes de Oca, Lic. Verónica Vázquez y Ma. Carmen Medina.

INDICE

INTRODUCCION	1
CAPITULO I. Pulsión	
a) Definición y características	4
b) Desarrollo de la pulsión	8
c) Desarrollo de la agresión	17
d) Desarrollo de la agresión según Klein	22
e) Destinos de la pulsión	28
CAPITULO II. Pulsión de muerte	
Teoría de pulsión de muerte	36
CAPITULO III. Angustia	
a) Angustia: dos teorías	52
b) Angustia y regresión	57
c) Angustia y pulsión de muerte	60
CAPITULO IV. Regresión	
a) Definición	67
b) Regresión tópica	73
c) Regresión formal	74
d) Regresión temporal	75
CAPITULO V. Fijación	
a) Definición	78
b) Diferencia entre fijación y regresión	79
CAPITULO VI. Pulsión de muerte y regresión	
La pulsión de muerte en el proceso de la regresión	83
CONCLUSIONES	93
BIBLIOGRAFIA	99

INTRODUCCIÓN

Freud (1856-1939) introduce el psicoanálisis como un planteamiento novedoso sobre el comportamiento consciente e inconsciente del individuo. El acento está puesto en los procesos inconscientes de la estructura mental y en el cómo determinan la conducta humana. Uno de los conceptos fundamentales del inconsciente es la pulsión, la cual se entiende como una energía que mueve al organismo hacia un fin. Freud plantea dos líneas de pensamiento sobre las pulsiones, la primera tiene como fundamento el principio de placer, es decir que la conducta tiene como fin último el placer. En la segunda teoría estipula que el placer no es el único fin y que por el contrario, hay una pulsión que lleva a la persona a establecer relaciones con los objetos de tipo dolorosa o destructiva. Esta es la pulsión de muerte.

En el planteamiento freudiano los procesos de la estructura psíquica tienden a ir hacia adelante, es progresivo; sin embargo, la pulsión de muerte tiene un fin distinto, Freud la describe como un movimiento que lleva al organismo a un estado previo, esto es, un retorno a lo inorgánico y su fin es la destrucción de unidades vitales. La pulsión de vida (Eros) se opone a la pulsión de muerte y tiende a conservar las unidades vitales existentes y a constituir, a partir de éstas, unas unidades más amplias. Así, hay dos fuerzas pulsionales que se oponen por su fin.

La regresión, por otro lado, tiende a buscar una manera de resolver ciertas situaciones de acuerdo a formas anteriores de conducta que ya le habían resultado en el pasado.

Las pulsiones están presentes en la dinámica de la personalidad, de manera que también intervienen en los procesos que en ella se desenvuelven, como en el caso de la regresión. A partir de esta idea surge el tema de esta investigación, centrada en la influencia de la pulsión de muerte en el proceso de la regresión.

El móvil de la conducta humana parte de la pulsión, por ello en el primer capítulo se considera este concepto como guía para explicar sus características y sus expresiones a lo largo del desarrollo psicosexual, pero la pulsión no siempre logra manifestarse y su fin es modificado por la influencia del medio ambiente en el que la persona se desenvuelve. Otros psicoanalistas como Klein y Abraham han tomado las ideas de Freud para hacer nuevos planteamientos sobre la influencia de las pulsiones en el comportamiento placentero o destructivo que establecen las personas con otros individuos o, incluso, consigo mismos.

Para Freud la primera teoría de las pulsiones está basada en el principio del placer como regente de la conducta, entonces ¿por qué hacer un nuevo planteamiento? ¿cómo llega a establecer una nueva dualidad pulsional? Y ¿cómo surge el concepto de pulsión de muerte? Estas interrogantes son la base para el segundo apartado. La pulsión de muerte se vuelve una explicación alternativa para algunos estados anímicos, especialmente en la angustia, la cual se considera en el tercer capítulo. Sin embargo, la angustia provoca una serie de respuestas que ponen en movimiento a otros componentes de la estructura psíquica, una de ellas es la regresión.

La regresión, tema del cuarto capítulo, tiene diversas modalidades de expresión y en diferentes circunstancias. Cuando la regresión se realiza recae en puntos de fijación del desarrollo donde la pulsión se ha detenido o se detuvo; regresión y fijación están íntimamente ligadas y la fijación también sostendrá una base para que la regresión se presente, de ahí la importancia de estos dos conceptos que Freud considera fundamentales en la etiología de las neurosis. El tema del quinto capítulo es la fijación.

Finalmente, en el sexto capítulo se toman en cuenta los conceptos planteados a lo largo del trabajo para centrar el vínculo de la pulsión de muerte y la regresión.

Este trabajo tiene como soporte principal la documentación en los textos de Freud, pues continúa siendo un punto de partida en la introducción de planteamientos y

conceptos propios del psicoanálisis. Se toman en cuenta, también, a otros estudiosos de las ideas freudianas, quienes han generado sugerencias, críticas y replanteamientos sobre las teorías de Freud y sobre algunos de sus conceptos como en el de regresión, angustia y pulsión.

I. PULSIÓN

a) Definición y características

Los procesos psicológicos en el planteamiento freudiano tienen un fundamento dualista para explicar el comportamiento tanto normal como patológico. Esta dualidad también está presente en las pulsiones, a las que Freud considera la parte más importante de la teoría psicoanalítica. Con el tiempo modificó la postura frente a ellas hasta concluir en una pulsión de vida y una pulsión de muerte como los principales motores de la conducta humana.

Para definir al instinto se toma como base la explicación que Freud (1915/1981) da a partir del "arco reflejo" como el modelo más simple para ser explicado, es decir, que a partir de un estímulo un órgano interno reacciona o produce una respuesta. Esta respuesta es innata y le permite a la especie reproducirse y/o preservarse. Han existido confusiones a partir de las traducciones, ya que pulsión e instinto han sido traducidos como instinto; esto no quiere decir que el instinto se haya convertido en pulsión, no, Freud los tenía muy claros: "... el instinto para Freud no es adaptativo, es la consecuencia de ese saber heredado porque fue experimentado reiteradas veces en la historia de la humanidad" (Eidelsztein, 1999)

Así pues, instinto (*Instinkt*) está definido como un esquema de comportamiento heredado y propio de la especie animal, el cual varía de un individuo a otro, es estereotipado y/o constante (González Núñez y Rodríguez, 2002) y en contraste con la pulsión (*trieb*), ésta varía por la experiencia y no es estereotipada.

En *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905/1981) Freud introduce el concepto de pulsión (*trieb*), refiriéndose a ella como un empuje que tiende a llevar al organismo hacia un fin. En un principio la denomina "pulsión de apoderamiento" haciendo referencia a la crueldad expresada por los niños en sus primeros años del desarrollo, justificando que la capacidad de compasión ante el dolor del otro aún no se ha desarrollado. La crueldad la considera normal y aunque en un principio no tiene una conexión con lo sexual, puede ligarse a ella posteriormente como en el caso del sadismo.

De acuerdo con los descubrimientos de la época y sin apartar del todo su formación dentro de la medicina, Freud intenta en un principio describir algunos de sus conceptos bajo esta línea, que años más tarde abandona por completo y da lugar a la metapsicología (concepto utilizado por Freud para explicar los procesos psíquicos desde varios ángulos). Cuando Freud introduce las pulsiones lo hace bajo la concepción del hambre y el amor y posteriormente ya se habla de su primera fundamentación sobre las pulsiones y las divide en dos grupos, las sexuales y las de autoconservación o las del yo, basadas a su vez en dos principios, el de placer y el de realidad. De acuerdo con esta postura toda la conducta se rige por el placer y el displacer. El primero concierne a la evitación o disminución de la tensión, mientras que el segundo a su aumento. El principio de constancia es el fundamento del principio del placer. Este principio Freud lo relaciona con el equilibrio de las excitaciones internas, de forma que cualquier incremento o detrimento de éstas altera el mundo interno del individuo y su relación con el mundo circundante. Si la presencia de un afecto incrementa la tensión en la persona, entonces se produce su descarga para regular las excitaciones internas y restablecer el equilibrio.

En 1915, Freud ubica a la pulsión entre lo anímico y lo somático y la considera el representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo que arriban al alma. La pulsión actúa siempre como una fuerza constante y

desde el interior de la persona. Además, siempre es activa aún cuando su fin sea pasivo. En 1923, Freud divide al aparato psíquico en tres instancias o estructuras: Ello, yo y superyó. El superyó es la instancia representante de las normas sociales y morales; el yo es un mediador entre el mundo interno y mundo externo, así como entre las necesidades del Ello y las exigencias del superyó. El Ello es ahora una instancia donde ubica la residencia de las pulsiones.

Es entonces en 1905 donde además de aparecer el concepto de pulsión, Freud también introduce algunas de sus características: objeto (*Objekt*), fin (*Ziel*) y fuente (*Quelle*). En 1915, Freud dedica uno de sus libros para hablar de las pulsiones y agrega una característica más, la perentoriedad (*Drang*) (esfuerzo o presión).

El fin (*Ziel*) de toda pulsión es la satisfacción, de tal forma que al conseguirla se elimina la necesidad corporal que la produjo y se recupera el equilibrio tanto fisiológico como psicológico. Para conseguir la satisfacción, una pulsión puede usar diversos caminos, por lo que para cada pulsión pueden existir diversos fines próximos susceptibles de ser combinados o sustituidos entre sí. Si tomamos como ejemplo la incorporación del alimento como fin en el niño para satisfacer cierta necesidad, encontramos una connotación física y otra psicológica; por un lado, queda satisfecho y se libera de la necesidad de hambre, mientras que por el otro lado, incorpora al objeto, que en este caso es la madre. La incorporación en psicoanálisis tiene también otras implicaciones relacionadas con el término "canibalismo" y con significaciones tales como conservar dentro de sí, destruir, asimilar. La incorporación también puede estar implicada con otros orificios corporales: la piel o incluso los ojos.

La perentoriedad (esfuerzo o presión) es la energía o fuerza persistente y constante que lleva a la pulsión a su objetivo, a su fin. Es el motor de la pulsión y es diferente en cada persona.

A través del objeto la pulsión puede alcanzar su satisfacción. No está enlazado a él originalmente, pero sí subordinado a él para obtener la satisfacción. Este objeto puede ser interno o externo, o inclusive, ser una parte del propio cuerpo de la persona, el cual llega a ser modificado o sustituido según el curso de los destinos de la vida de la pulsión. Dicho movimiento implica un desplazamiento de la pulsión, lo cual es muy importante porque puede presentarse el caso de que un mismo objeto sirva simultáneamente para la satisfacción de varias pulsiones.

El objeto puede ser subjetivo, no necesariamente es una persona total, puede ser una parte de él, es decir, un objeto parcial real o fantaseado; "Freud introduce la observación: Tal vez el objeto parcial se pierde en el preciso momento en que empieza a perfilarse el objeto total, la madre como persona,... lo cual significa que por una parte existe desde un principio un objeto pero que por la otra no tiene inmediatamente un objeto real" (citado en Laplanche, 1973, p.31).

La madre es la representación del principio de objeto, pues es el primer objeto de amor con quien el niño establece el primer lazo (Freud, 1913/1981).

Klein (1946/1988) le da mucha importancia a los objetos parciales. Para ella el primer contacto que el bebé tiene con la madre es a través del pecho que lo alimenta. Durante los primeros meses de vida el bebé establece un vínculo con la madre por medio del pecho, un objeto parcial que se concibe como gratificador si corresponde a la satisfacción de sus necesidades (pecho bueno), pero de no hacerlo, el bebé lo percibe como frustrador (pecho malo). Después de los cuatro meses, el bebé establece la relación con la madre como objeto total.

Cuando hay una estrecha relación entre el objeto y la pulsión, se habla de una fijación de la pulsión, la cual pone fin a su movilidad y se opone intensamente a separarse de su objeto.

Las fuentes más importantes de las pulsiones son las producidas por las necesidades corporales, las cuales se manifiestan como excitaciones en el organismo. Más allá de lo físico, generalmente se le considera de índole somática. "Por fuente de una pulsión se entiende aquel proceso somático que se desarrolla en un órgano o una parte del cuerpo y cuya excitación está representada en la vida psíquica por la pulsión" (Freud, 1915/1981, p. 2042), la intensidad con la que se presenten las fuentes será diversa de individuo a individuo.

"La dinámica de la pulsión debe de ser concebida como el desarrollo de una fuerza que no cambia de naturaleza cuando es puesta en movimiento, pero que cambia de estado a medida que su movimiento la aleja del punto en que, originándose, ya no puede ser concebida bajo la forma que la hacía entonces inteligible. Lo confirma esta afirmación oscura: En el trayecto de la fuente a la meta, la pulsión se vuelve psíquicamente activa" (Green, 1997, p. 129).

b) Desarrollo de la pulsión

En 1905, Freud enfatiza la importancia de la sexualidad como elemento indiscutible en la vida del individuo que se hace presente desde la infancia. A partir de las experiencias con sus pacientes concluye que en la niñez se gestan las principales problemáticas, síntomas y enfermedades de la edad adulta y cuyas manifestaciones están ligadas a la sexualidad.

En *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud (1905/1981) desarrolla una teoría de la sexualidad cuyo sustento radica en una pulsión de índole sexual sobre la que da los primeros indicios del proceder de las pulsiones en general. A la pulsión le atribuye, en primera instancia, las características de fuente, objeto y fin. El objeto es la persona por quien se siente atraída el individuo, mientras que el fin sexual normal es el acto que suprime temporalmente la excitación de la pulsión, en

este caso es el coito. Sin embargo, reconoce que tanto el objeto como el fin de la pulsión son susceptibles de ser diferentes en cada persona. En lo que respecta a la fuente, ésta tiene su procedencia en órganos del cuerpo que producen excitaciones de dos clases, una de éstas es la sexual, la que corresponde a la pulsión.

La pulsión sexual, libido como también la llama Freud, está compuesta por pulsiones parciales que de manera independiente buscan alcanzar la satisfacción inmediata. Estas pulsiones parciales se apoyan en zonas del cuerpo, que reciben el nombre de erógenas, por su importancia como fuentes de excitación de esas pulsiones. Las zonas erógenas son también las que dan su nombre a las etapas del desarrollo (oral, anal, fálica y genital) y su nexos con la pulsión se modifica de acuerdo con la edad y con el estadio del desarrollo en curso.

Freud (1905/1981) sostiene que el fin de la pulsión es la satisfacción, sea el coito u otro fin, y sobre esta concepción reafirma que la conducta consciente o inconsciente tiende a ir en pos de un placer. El eje, entonces, de la teoría sexual es la pulsión y a partir de ella se vislumbra también su fundamentación sobre el principio del placer como regente de la estructura psíquica.

Los estadios del desarrollo nos hablan de un avance progresivo de la libido que culmina en la genitalidad, en la madurez; y ante la cual, las estructuras que se formaron y consolidaron se establecen como patrones de comportamiento.

Oral

Uno de los estudios al que Freud confiere importancia sobre la manifestación sexual en la infancia, es el realizado por Lidner en 1879 sobre el chupeteo del pulgar. Lidner (citado en Abraham 1924/1980) enfatiza el hecho de que la succión en los niños no sólo cumple una función de nutrición sino también de satisfacción, considerando el hecho de que esta actividad absorbe por

completo su atención y que después de ser efectuada el niño caiga en un profundo sueño. Sobre estas opiniones Freud (1905/1981) estableció las características de la sexualidad infantil sobre los hábitos de succión, a partir de las cuales explica que la pulsión está ligada a una zona erógena, es autoerótica (la pulsión se dirige hacia la propia persona e implica la ausencia de un objeto externo) y tiene una función que depende de la nutrición para la preservación de la vida, es decir, se apoya en una función corporal esencial para la vida.

El placer que proporciona el acto de succionar es de tipo autoerótico, y aunque en un principio está ligado a la nutrición, la actividad sexual posteriormente se independiza de ella, sustituye al objeto externo por uno del propio cuerpo, el chupeteo del pulgar (Freud, 1905/1981). El paso que se efectúa entre la nutrición y el placer es muy importante porque es la pulsión la que se separa del aspecto biológico, desaparece el objeto alimentario y da lugar al chupeteo, que es un mero modo de gratificación por parte del lactante. La succión implica, de esta manera, una marcha de la nutrición al placer, un deslizamiento de lo biológico a lo libidinal (Gutiérrez, 1983). Esta primera forma de obtener placer no es completamente abandonada por el individuo, sino que persiste bajo disfraces durante toda la vida, inclusive es reforzada en ciertos momentos y circunstancias particulares.

En 1913, Freud resalta la importancia de la madre en la vida del niño desde que éste es un lactante y por ello la considera el primer objeto de amor con quien se establece un vínculo, pues es además, quien ve por su bienestar y su conservación. Entonces, a través de la boca el niño establece sus primeras relaciones con el exterior. Para Dolló (1974/1996) durante los primeros meses de vida se establece una relación muy especial con la madre pues, de principio, no existe una limitante entre su cuerpo y el de ella, considera a la madre y al resto de los objetos como extensiones de sí mismo (pezón, chupón, mamila); depende por completo de ella aunque de principio, crea que es él mismo quien se provee, por lo que se considera un placer narcisista primario. Y por el cuidado que la madre le

confiere la hace merecedora de su amor. El padre lo será posteriormente y ambos serán el punto de referencia para la relación con otros objetos.

Entonces, en el estadio oral, la fuente de la pulsión se apoya en la zona de la boca, el objeto se encuentra en estrecha relación con la alimentación y su fin es la incorporación. Este último aspecto, proviene de una costumbre tribal en la cual los hijos devoran al padre para obtener sus atributos. Freud (1912-1913/1981) toma esta idea como modelo en la incorporación infantil en el primer estadio, por lo que también llama a esta primera etapa del desarrollo canibalística.

El estadio oral se abandona con dificultad independientemente de que haya sido gratificante o no, si al paso del siguiente estadio no obtiene la misma cantidad de esta satisfacción se puede presentar una regresión a esta primera organización. Algunos niños pueden presentar dificultad en abandonar el placer proporcionado por el biberón, esto puede ser provocado por el deseo de mantener el mismo modo de gratificación. En la edad adulta esto se puede manifestar en la liga que no se ha deshecho entre pulsión y nutrición, sólo por ser el canal de la boca la principal zona estimulante para la satisfacción.

El funcionamiento de la primera zona erógena, la oral, da un asiento del modo de proceder de la pulsión sexual en las restantes zonas erógenas. La diferencia con estas últimas será la manera de alcanzar el fin, la satisfacción.

Anal

La segunda organización del desarrollo es la anal. Freud (1905/1981) ubica al ano como la zona erógena predominante y fuente de la pulsión parcial. Esta se presenta entre los dos y cuatro años de edad, donde el niño establece relaciones con objetos exteriores.

En la etapa anal, se hacen presentes dos tipos de fuerzas con fines diferentes, por eso la ambivalencia es una de las características principales de este estadio, la cual se expresa en una antítesis de tendencias pulsionales entre un fin pasivo y otro activo. Freud (1913/1981) relaciona estos fines directamente con la diferencia de sexos, masculino para el activo y femenino al pasivo; sin embargo se refiere a ellos como pasivo y activo dado que la diferencia sexual aún no está determinada, pero en el futuro esta polaridad será la precursora de esta distinción. La actividad de la pulsión la relaciona con la pulsión de aprehensión, en otras palabras, es la manifestación de la crueldad ejercida por el niño hacia otras personas u objetos; en este fin Freud encuentra como representante al sadismo. El fin pasivo de la pulsión lo asocia al erotismo anal ligado al placer de retener los excrementos, pero también con fines pasivos como el deseo de ver y saber. Para Freud, los síntomas de la neurosis obsesiva son el resultado de una regresión de la libido a este estadio del desarrollo ocasionada por los componentes anal y sádico.

La excitación que se produce de esta área del cuerpo se manifiesta en la retención de las heces fecales, las cuales son fruto de varios simbolismos. Para el niño los excrementos son parte de él y el simbolismo que les atribuye es principalmente el de "regalo", como algo que él otorga y que utiliza para complacer o no a las personas. Pero también con las heces fecales el niño representa la acción de parir, por la creencia de que los niños se forman en la panza (los intestinos) y luego son expulsados por el ano. Así, el simbolismo de las heces también es el de "niño". Una representación más de lo anal, constituye en lo simbólico aquello que debe ser alejado, retirado de sí o rechazado.

Una de las características principales en esta etapa es la enseñanza de ciertas normas impuestas por los padres sobre la higiene, relacionadas con el control de esfínteres y especialmente con la defecación. La retención de las heces fecales y la orina produce un placer autoerótico masoquista, considerado como

normal en el desarrollo de la sexualidad pero también provoca sensaciones ambivalentes especialmente hacia el objeto amoroso, la madre.

El niño considera a las heces como parte de su cuerpo, son su primera propiedad. Durante el proceso educativo de la defecación, el control sobre sus esfínteres le concede poder sobre su propiedad, la que obsequia o niega según su deseo. El sentido de propiedad sobre las heces lo extiende al objeto amoroso, al que conserva como algopreciado o rechaza cuando le expresa su inconformidad o su negativa. Por otro lado, recompensa a la madre simbólicamente como un obsequio cuando defeca, o bien, la castiga al rehusarse y entonces las retiene y guarda para sí. Es un logro frente al narcisismo y obtiene a cambio la gratificación, aceptación y reconocimiento de quienes o con quienes se identifica por la enseñanza (Abraham, 1924/1980)

Fálica

A este estadio se denomina fálica por la acepción de falo (pene), lugar donde ahora la libido se deposita y cuyo deseo remite al objeto total representado en el padre o en la madre. Para Freud (1924/1981), el desarrollo de la niña y el niño son equiparables.

La fase fálica se inicia con la aparición del complejo de castración, pilar de este estadio. Este complejo surge cuando el niño tiene la creencia de que todos, sin excepción alguna, poseen un órgano genital igual al suyo, pero al percatarse de que las niñas no tienen, cree que ella hizo algo que provocó el castigo de que se lo cortaran y entonces, teme que a él también se lo quiten. La niña, por su parte, cuando se da cuenta que el niño tiene algo que ella no, cree que lo perdió por castración. Freud (1924/1981) considera que el clítoris en la niña tiene los mismo atributos que el falo para el niño, se diría entonces que la niña tiene la sensación de que su pene es pequeño e imagina que le crecerá; sin embargo esto la coloca

en una situación que la hace sentir en desventaja e inferior al niño y provoca la envidia del pene (Freud, 1924/1981).

Para esta fase del desarrollo Freud recurre a la narración de Sófocles *Edipo Rey* para explicar a modo de base, lo que sucede con el niño entre los tres y medio y cinco años. La historia de Edipo Rey es la de un hombre que, por circunstancias del destino, mata al padre y contrae nupcias con la madre. Estos elementos de la historia Freud los adapta a la historia del individuo y, particularmente, al niño en estos años. El deseo incestuoso del niño por la madre es porque ella es quien cubre sus necesidades, ve por su bienestar y es su objeto de cariño. El niño rivaliza con el padre por el amor de la madre, pues él es responsable de que la madre se aparte de él y por ello lo acomete con hostilidad, con el deseo de que desaparezca. La figura del padre, por otro lado, representa la prohibición del incesto, de las normas, la ley. Cuando se resuelve la situación edípica es porque el niño introyecta a la figura del padre, se identifica con él y la rivalidad se da por terminada. Al introyectar a la figura paterna, también las normas que provenían de él tienen el mismo fin y ahora forman parte de la estructura psíquica del superyó. La prohibición ya no está fuera, es internalizada y con ello, la estructura del yo asegura la represión sobre los deseos incestuosos que el niño sentía por la madre.

Para la niña, Freud (1924/1981) también reconoce como objeto primario de amor a la madre y en lo sucesivo este objeto de amor lo desplaza hacia el padre, de manera que al iniciar el periodo edípico será con la madre con quien rivalice. Es decir, el complejo de Edipo es idéntico para ambos sexos; la rivalidad es hacia el progenitor del mismo sexo, siempre y cuando no existan rivales suplementarios como es el caso de los hermanos, los cuales también son responsables de apartar a la madre de su lado.

En *Sobre la sexualidad femenina* (Freud, 1931/1981) retoma la situación de la niña en su desarrollo y entonces asume que en la vida sexual de la mujer hay

dos periodos, masculino y femenino. El primero lo considera masculino por mantener en los primeros estadios características idénticas al del niño. En el femenino, es cuando la niña traslada su objeto amoroso de la madre al padre. Este desplazamiento es resultado de varios factores. La ambivalencia, característica de la fase anterior, da como resultado que la relación de la niña con la madre se merme por la frustración de la niña al percatarse de su falta de pene y le dirige su hostilidad porque a ella no le dio uno, además del sentimiento de inferioridad por su condición de castrada. Todo ello desemboca en que la niña se aleje de la madre y prefiera en su lugar al padre. Así, inicia el complejo de Edipo y la hostilidad se dirige hacia la madre por ser su rival en la obtención del cariño del padre, quien, por otra parte, en lo simbólico le da el falo. La solución de este conflicto emocional es cuando la niña cesa la rivalidad con la madre y se identifica con ella.

Con frecuencia la situación edípica se abandona antes del periodo de latencia.

Periodo de latencia

Con la resolución del complejo de Edipo se inicia el periodo de latencia, donde el desarrollo sexual se detiene (entre los seis y ocho años) y trae consigo la ausencia de interés sexual (Freud, 1905/1981). El periodo de latencia es considerado como una fase de reposo erótico y por eso Freud no la considera una organización como a las demás. Ahora la libido no se deposita sobre ninguna zona erógena y las pulsiones son desviadas de sus metas sexuales, porque con la creación de la estructura del superyó como encargado de la conciencia moral, aparecen en el niño sentimientos como el pudor y la repugnancia (diques anímicos del desarrollo). La represión impide la expresión de las pulsiones y la sublimación se encarga de desviarlas de cualquier interés sexual y dirigir las hacia otras actividades. La desviación de las pulsiones sexuales hacia fines de otra índole que no pertenezca a este rubro promueve el desenvolvimiento del individuo en

actividades culturales y creativas que le permiten desarrollarse en el mundo social. Este periodo es una condición fundamental en la evolución del hombre en su iniciación a la civilización, sobre todo porque implica una renuncia a la satisfacción de sus pulsiones eróticas y hostiles hacia los objetos. Sin embargo, también pueden presentarse regresiones a los estadios previos de desarrollo.

Antes de la formación del superyó el niño se expresaba de acuerdo a sus necesidades pulsionales y por ello Freud lo consideraba un perverso polimorfo, pues sus límites más allá de sí mismo no contenían los "diques anímicos" contra las extralimitaciones sexuales ni contra la seducción. Con la aparición de una conciencia moral se impide la libre expresión pulsional y las mantiene en el límite de lo que Freud considera normal.

En este periodo el niño extiende su cariño hacia personas que le ayudan en la satisfacción de sus necesidades dirigidas hacia áreas que no sean de índole sexual, de las cuales también recibe gratificaciones. El proceso de identificación se expande hacia esas figuras o personas admiradas (Freud, 1905/1981)

Genital

Para esta etapa, los genitales son ahora la zona erógena predominante y las pulsiones parciales están bajo el predominio de esta área y el placer ligado a ellas será preliminar al orgasmo. La pulsión sexual en la pubertad deja de ser autoerótica y se pone al servicio de la procreación.

En la pubertad, se revive la antigua relación incestuosa hacia el objeto amoroso pero con un sentido diferente. El deseo libidinoso hacia la madre se desprende de ella y el hijo deposita su libido en un nuevo objeto, no incestuoso; mientras que, hacia la figura del padre se lleva a cabo la reconciliación en caso de existir aún cierta hostilidad. Ahora el individuo tiene la tarea de deslindarse de las

figuras paternas y una vez logrado esto, dejará de ser un niño y será un miembro adulto y formará parte de sociedad. El hecho de que la sexualidad infantil avance hasta la zona genital implica la adaptación normal del niño a la vida social, su total desarrollo libidinal y con ello se establece la bisexualidad psíquica (Freud, 1905/1981).

La zona genital se convierte ahora en el centro de interés tanto del hombre como de la mujer, más no por ello se desprende de sus antiguas fijaciones eróticas como en el comer, en la broma, en los chistes con un sentido escatológico, en las agresiones de juego como arañar o morder, etc.

c) Desarrollo de la agresión

Freud en *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905/1981), describe la evolución de la sexualidad en el desarrollo del individuo y es a través de éste donde también encuentra un elemento agresivo que se mezcla y se pone al servicio de la sexualidad, como en el caso del sadismo. A partir de este recorrido se pueden dilucidar las distintas manifestaciones de la agresión en el desarrollo psicosexual.

En un primer momento, Freud encuentra que los fines de la pulsión promueven la obtención de placer, pero también existen otros que traen dolor y no gratificación, sin embargo justifica esta idea con otra, propia de su primera fundamentación de las pulsiones (principio del placer), ésta es, que el dolor lleva consigo un placer en sí, como en el masoquismo. La segunda postura sobre las pulsiones desarrollada en *Más allá del principio del placer* (Freud, 1920/1981), parte de la concepción de dos pulsiones cuyo fin es diferente, estas son: pulsión de vida y pulsión de muerte. La primera encierra las características de la pulsión sexual y su fin principal es la unión; mientras que la pulsión de muerte promueve la destrucción y su manifestación es a través del sistema muscular. Cuando su

expresión se dirige contra los objetos externos Freud la reconoce como pulsión agresiva. De manera que la agresión es una expresión de la actividad de la pulsión de muerte, la cual se hace presente desde una temprana edad.

La libido, pues, se enfrenta en su recorrido evolutivo con la pulsión de muerte, la cual tiene en su haber la destrucción de unidades y para hacerla inofensiva la pulsión de vida la proyecta sobre los objetos externos. Entonces, en el origen de esta convergencia de pulsiones, una parte de la pulsión se subordina a la función de la sexualidad (aquí encontramos al sadismo primitivo), mientras que otra parte permanece fijada libidinalmente en el individuo como parte de su desarrollo. Esto corresponde al masoquismo primitivo el cual, no da una consecución a la agresión propiamente dicha sino que es la permanencia de la pulsión de muerte unida a la libido y vuelta sobre el propio sujeto (Laplanche y Pontalis, 1967/1996).

Freud (1930/1981) resalta la importancia de la privación como factor detonante de la agresión. Para él, si el niño se ve impedido a satisfacer sus primeras necesidades entonces tiende a incrementarse una reacción agresiva hacia aquellas figuras que, por imposición, le obstaculicen satisfacerlas y, además, lo fuerzan a renunciar a la gratificación de sus pulsiones. En otras palabras, la frustración de la satisfacción de las pulsiones conduce a la agresión. El hombre es un ser que posee en su naturaleza la agresividad, es capaz de establecer vínculos amorosos con los objetos aunque también destructivos; se vale de ellos para alcanzar fines dotados de agresividad y crueldad.

En la fase oral, o canibalística como también la llama Freud, se encuentran una de las primeras expresiones de la agresión. En 1912-1913, Freud atribuye a este periodo del desarrollo el concepto de canibalismo como una característica de la incorporación, ésta involucra la idea de apropiarse de algunos atributos del objeto. Es también un modo de conservar lo bueno dentro de sí y proyectar lo malo.

Abraham (1924/1980) sugiere la división de la organización oral en dos periodos, uno activo y otro pasivo, de acuerdo al tipo de relación que establece el niño con el objeto amoroso. La primera fase para Abraham es la relación pasiva o de succión que es equivalente a la descrita por Freud, cuyas particularidades son la succión y el autoerotismo. A la segunda fase (activa) le da el nombre de oral-sádica que se caracteriza por el surgimiento de los dientes. Cuando esto sucede y los dientes empiezan a crecer originan cierta molestia que sólo es aplacable al morder otros objetos, con ello entra el periodo activo de esta etapa del desarrollo también conocida como *canibalística*, pues al hacer uso de los dientes se incorpora a los objetos destruyéndolos por el canal de la boca. El niño renuncia al primer modo de obtener placer a través de la succión y lo sustituye por el placer de morder, considerada como la forma más primitiva del sadismo. El fin de la pulsión sigue siendo el mismo, la incorporación del objeto. Es una manera de relación característica de esta etapa y posee tres vertientes: el placer de hacer al objeto parte de sí, destruirlo y apropiarse de sus características.

En el estadio *anal-sádico* Freud (1905/1981) da por sentada la ambivalencia hacia el objeto entre los fines sexuales de la pulsión que se contraponen por su fin, la actividad y la pasividad. Enuncia la aparición de la pulsión de apoderamiento, con la cual el niño deposita en el otro su agresión sin miramientos a través del sistema muscular.

Abraham (1924/1980) distingue dos momentos en el estadio anal que se van a diferenciar a partir de los fines pulsionales, es decir, el erotismo anal y la pulsión sádica. Estas dos se expresan e interactúan en la relación hacia el objeto amoroso, sea para conservarlo o para destruirlo. El erotismo anal encuentra la satisfacción en la evacuación de las heces fecales y posteriormente en su retención; mientras que la pulsión sádica en destruir al objeto (o al mundo) y luego en controlarlo. En un primer nivel del desarrollo, la tendencia destructiva es la que prevalece por lo que la hostilidad la dirige al objeto amoroso con el propósito de

destruirlo y perderlo (evacuarlo). Así, el erotismo anal obtiene una sensación placentera en la zona anal por la evacuación, mientras que la pulsión sádica encuentra su fin en la destrucción del objeto. En el segundo nivel, sobresale la tendencia a conservar al objeto por el placer que esto le confiere. Aquí, el erotismo anal alcanza su gratificación al retener las heces y la pulsión sádica en su control posesivo.

A través del lenguaje en expresiones cotidianas como el "trono" se demuestra la importancia de la defecación, como el control, poder y orgullo que proporciona el dominio de este proceso que permite al niño identificarse con quien le enseña y obtener su reconocimiento.

El niño, por un lado, desea jugar y conservar las heces por el placer autoerótico que le confiere; y por el otro, está el deseo de complacer y obtener el cariño. Entonces, hay un doble placer, el de retener y el de evacuar y a partir de esta actividad se establece una relación con los objetos que incluso puede perdurar como característica de personalidad. Cuando esta enseñanza se presenta a una muy temprana edad se le relaciona con un aprendizaje a través del temor, provoca fijaciones que se verán reflejadas en el aspecto productivo y en la capacidad de amar (Abraham, 1924/1980).

La pulsión sádica tiene como fin la destrucción del objeto, sea a modo de expulsión o de controlarlo en su interior. De manera que cuando le exprese al objeto su actitud positiva lo retiene como parte de sí, pero lo rechazará cuando le manifieste su negativa. Aquí se ubica al neurótico obsesivo quien por temor a perder a su objeto de amor se muestra agresivo.

La fase fálica se inicia con el complejo de castración, conflicto emocional por demás agresivo para ambos sexos. El niño teme perder por castración su objeto parcial (falo) por el deseo incestuoso hacia la madre. La castración es un poder que posee el padre y que le implica al niño renunciar a sus pulsiones por temor a la

agresión que esta figura le propicie. Al iniciar el periodo edípico, le dirige a éste su agresión con el deseo de que desaparezca (que muera) y entonces, quedarse a la madre sólo para sí. El niño arrastra la ambivalencia de la fase anterior y la dirige hacia el padre y hacia las figuras que lo alejen de la madre, como los hermanos, quienes también sufren de su hostilidad por ser considerados rivales secundarios. Particularmente, el deseo de la muerte del padre le genera culpa como resultado del conflicto de ambivalencia entre la lucha pulsión de vida y pulsión de muerte. Sin embargo, la resolución del Edipo deviene cuando el niño se identifica con el padre. Al identificarse con el progenitor el niño introyecta las normas sociales y morales, dando pie al establecimiento de la estructura psíquica del superyó, que ahora, forma parte del niño como una autoridad interior. La agresión exterior representada en el padre también el niño la sustrae y la incorpora al superyó (conciencia moral) y otra parte la dirige y descarga hacia la estructura del yo generando el sentimiento de culpa y la necesidad de castigo.

En la niña, la frustración que genera la falta de un pene provoca el alejamiento de la madre y un acercamiento al padre como objeto amoroso. Así, la madre se vuelve receptora de la hostilidad de la niña por la rivalidad que siente con ella por el cariño del padre, a quien desea sólo para sí. Con la instauración del superyó destapa el sentimiento de culpa por la agresión dirigida a madre.

El impedimento en la satisfacción de las necesidades pulsionales, desata la agresividad hacia quien le impide satisfacerlas, pero al mismo tiempo, esta agresividad tendría que ser contenida y con ello desataría otra vez que ésta devenga en la culpa, pues sólo las pulsiones agresivas son capaces de generar este sentimiento.

Con la instauración del superyó como conciencia, se crea el impedimento subsecuente en la satisfacción de las pulsiones agresivas durante el periodo de latencia, de manera que corren el mismo sendero que las de origen libidinal, ser sublimadas a los ámbitos educativos y culturales que le conceden al niño

desenvolverse en el medio social. Con la sublimación los fines pulsionales se reorientan hacia lo intelectual eludiendo así la frustración sentida por el mundo exterior que es impuesta o adquirida por la cultura (Freud, 1930/1981)

d) Desarrollo de la agresión según Klein

Para Klein (1948/1988) las pulsiones de vida y muerte están presentes desde el nacimiento y se manifiestan en las relaciones que establece con los objetos en la fantasía y en la realidad.

El hecho de que en un principio la pulsión agresiva se proyecte hacia el exterior tiene para esta autora dos propósitos: impedir que destruya al individuo y por eso la proyecta; la segunda, es para defenderse de los objetos que ha atacado y que, a su vez, teme lo ataquen de la misma forma (Klein, 1932/1987). Bajo esta idea, el sadismo en el niño tiene dos fuentes, una es la que está en él y la expresa para atacar, mientras que la otra fuente radica en el objeto atacado porque ahora éste puede revertirle el sadismo en la misma proporción y destruirlo (Klein, 1930/1986)

Para Klein las experiencias de frustración que aparecen desde los primeros meses de vida y a lo largo del desarrollo son responsables de la agresión interna y la que proviene del exterior (atribuida a los objetos). En la fantasía del bebé se encuentran representados los objetos (internos y externos) sobre los cuales expresa su amor o deseo de destrucción, dirigidos particularmente a la madre.

Klein divide el desarrollo del niño en una posición esquizo-paranoide y una depresiva. Esta división corresponde al modo en que el niño se relaciona con los objetos, la ansiedad predominante y los mecanismos que utiliza para enfrentar dicha ansiedad provocada por la agresión (pulsión de muerte). Esta autora, prefiere usar el concepto de posición en lugar de etapa, pues la posición refiere a

un modo de relación y no a una división en el desarrollo como lo hace Freud por medio de las etapas.

Posición esquizo-paranoide

La posición esquizo-paranoide abarca los tres primeros meses de vida. Durante este tiempo el bebé establece una relación con la madre de manera parcial porque el contacto con ella es a través de la alimentación por el pecho. El pecho es, por tanto, el objeto parcial con quien el lactante establece su primer vínculo y también es el objeto sobre el que se descargan las pulsiones (oral-libidinales y oral-destructivas).

A partir de las vivencias gratificantes o frustrantes como en la satisfacción de sus necesidades percibe al pecho dividido (escindido) en "bueno" y "malo". Al pecho bueno lo considera como fuente de gratificación, placer, protección, amor, mientras que al pecho malo lo toma como el prototipo de lo frustrante e incómodo, es persecuidor y es odiado. Para Klein las experiencias de frustración que vive el bebé despierta las primeras manifestaciones del sadismo porque ante su insatisfacción surge el deseo oral sádico de devorar el pecho. En la medida que las frustraciones surjan, el bebé atacará en la fantasía al pecho malo con afán de destruirlo, morderlo, desgarrarlo, aniquilarlo. Al mismo tiempo le teme porque cree que de igual forma el pecho lo atacará y devorará en la proporción en que él desea devorarlo. Este temor provoca la ansiedad paranoica de ser devorado y aniquilado.

El bebé se relaciona con los objetos mediante los procesos de introyección y proyección generados por el yo, el cual se divide para manejar la ansiedad persecutoria que amenaza con destruirlo. Con el primer proceso internaliza a los dos objetos parciales (pecho bueno y pecho malo), constituyéndose así la base en la formación del superyó. Con la proyección, el bebé expresa su amor al pecho bueno y al pecho malo su odio y deseo de destrucción.

Durante los primeros meses de vida del bebé se rige por el predominio de las tendencias orales, sin embargo, desde esta temprana edad surgen las tendencias anales, uretrales y genitales. Así, en la medida que se fortalecen las pulsiones sádico-uretrales y sádico-anales, el bebé, en la fantasía, ataca al pecho con orina y con heces en respuesta a la frustración.

El pecho bueno fortalece la capacidad de amar del bebé y representa internamente a la pulsión de vida, sobre todo cuando las experiencias internas y externas positivas y gratificantes son predominantes sobre las desagradables y frustrantes. Toda experiencia positiva fortalece la confianza en el objeto parcial bueno y contribuye a que el yo se integre cada vez más, de ser así, la percepción de la madre se integra hasta concebirla como una persona total.

Posición depresiva

La posición depresiva se inicia después de los cuatro meses de vida cuando la relación con la madre es de objeto total; la introyecta como tal y su identificación con ella se hace más fuerte. La estructura del yo integra los objetos parciales (pecho-bueno y pecho-malo) en un único objeto, la madre, quien es ahora fuente de lo bueno y malo (Klein, 1952/1988)

La relación con el objeto amoroso es ambivalente porque así como le expresa sus sentimientos amorosos también le manifiesta sus tendencias agresivas. Es por estas últimas que se genera la ansiedad depresiva, pues aparece el temor de perder a la madre a causa de los ataques que le ha conferido, o bien, que ya la haya destruido. Al niño le genera culpa y un sentimiento de depresión que lo conduce a un estado de duelo.

El dolor que el niño siente lo supera con el deseo de reparar aquello que ha

destruido, porque así como reconoce que sus pulsiones cargadas de agresión han destruido al objeto pues entonces también serán sus expresiones de amor las que lo restituyan y deshagan el daño hecho (Klein en Segal, 1994). Por otra parte, el yo está más integrado y se sigue escindiendo, sólo que ahora, con la intención de mantener el mundo interno bueno separado de lo que puede afectarlo. Sigue haciendo uso de los mecanismos que ya había utilizado en la posición esquizo-paranoide (introyección, proyección, negación), pero ahora de forma más organizada, como en el caso de la escisión. Pero también el yo se vale de otras defensas para proteger al niño de la desesperación total. Estas son las defensas maniacas, un conjunto de sentimientos (control, triunfo y desprecio) que tienden a desvalorizar la dependencia que el niño reconoce tiene hacia la madre, de forma que al descargar sus pulsiones destructivas hacia ella no le causen tanta culpa por hacerlo o haberla perdido.

Mientras el crecimiento del niño evoluciona, su yo se integra más y en la medida que resuelva las diversas apariciones de la ansiedad, se fortalece en el manejo de sus impulsos destructivos. Sus tendencias destructivas tienden a disminuir aunque siguen siendo un peligro para el objeto amado, por el temor latente, de dañarlo o perderlo irremediabilmente. Al aumentar el sentido de realidad en concordancia con los objetos y su confianza en ellos, el bebé distingue entre la frustración externa y los peligros internos fantaseados. Esta visión más realista le permite al bebé un mejor manejo de la agresión por medio de la sublimación y con menos culpa, lo cual le permite restablecer una buena relación con la madre y otras personas.

Con el surgimiento de las tendencias anales el bebé expresa una gran violencia en sus ataques hacia la madre. En la posición sádico-anal de la libido sobresale el deseo de apropiarse de los contenidos del cuerpo. Las frustraciones del periodo oral se asocian a las nuevas frustraciones, las del periodo anal, y promueven su conexión con las tendencias sádicas.

En un periodo posterior, que corresponde al primer estadio anal de Abraham, el niño expulsa al objeto que percibe como hostil y por ello desea eliminarlo. Saca de sí a los objetos internalizados y los proyecta al mundo exterior. Los ataques hacia el objeto amoroso son a través de las heces y la orina, principalmente, y los utiliza como instrumentos que, al introducirlos en secreto en el cuerpo de la madre, la destruirán envenenándola o haciéndola explotar. En la fantasía el niño cree que recibirá la misma calidad de ataques y esto le provoca angustia y el sentimiento de persecución porque en secreto van ahora contra él. (Klein, 1932/1987). El sadismo se encuentra a lo largo del desarrollo, pero es con el predominio de las tendencias anales cuando está en la cúspide.

Para Klein (1930/1986) la primera conexión con el exterior se establece cuando las fantasías sádicas son dirigidas al interior del cuerpo de la madre. En estas circunstancias la relación es de tipo fantástico pero en lo sucesivo y con la evolución del yo se crea una verdadera relación con la realidad.

Hacia el segundo año de vida, el niño tiene un mayor control sobre sus esfínteres y con la aceptación que recibe de la madre en la deposición de las heces, genera en la fantasía del niño la modificación del contenido destructivo que les había asignado a los excrementos. De manera que al recibir la aprobación de la madre el niño tiene más confianza de que sus excrementos no son tan peligrosos y en su fantasía pierden agresividad. Así, los hábitos de limpieza disminuyen su culpa y su ansiedad sobre los ataques que ha propiciado hacia la madre, además de que el deseo la repararla ha sido satisfecho (Klein, 1952/1988)

El control sobre las heces le concede, en la fantasía, el control sobre los objetos internos y externos, al igual que un mejor manejo sobre los peligros que se encuentran dentro de él y los que no lo están. Sin embargo, aun cuando los objetos sean sentidos externos, estos pueden ser internalizados y transformados en perseguidores internos, reforzando así el temor a los impulsos destructivos

internos (Klein, 1946/1988).

Los impulsos genitales cobran más relevancia y el niño se dirige hacia la madre como un objeto de amor, sólo que sus impulsos sádicos han acarreado las frustraciones anteriores (orales y anales) y eso impide el establecimiento de amor objetual a nivel genital.

El conflicto edípico se destapa a consecuencia de la frustración que vive el lactante con el destete; sin embargo sus manifestaciones aparecen al final del primer año de vida y principios del segundo, por lo que las tendencias anales predominan cuando se inicia este conflicto, el cual a su vez, es reforzado por las frustraciones generadas a partir de la enseñanza en los hábitos de higiene. Aparece el temor a la castración y en la medida que el niño tolere la ansiedad, se instaura la fase genital (Klein, 1928/1986).

La madre se vuelve un objeto que posee todo lo deseable (pene, bebés, pecho) y como las tendencias anal sádicas son las que prevalecen éstas se dirigen hacia la viente (vagina) de la madre para robarle sus contenidos y para destruirlos. Esto coincide con el periodo femenino (Klein, 1928/1986) que se caracteriza por la identificación del niño con la madre como resultado de los impulsos edípicos. El conflicto de Edipo entra de lleno entre los tres y cinco años de edad, después de la fase femenina.

Cuando se inicia la posición genital, los fines pulsionales se modifican al de penetración y recepción. El primero es propio del niño y está asociado a la posesión del pene que le permite así retener a su objeto primitivo de amor, la madre. En el caso de la niña el fin es la recepción del pene del padre, por lo que se dirige a esta figura como objeto de amor (Klein, 1928/1986).

Durante el periodo de enseñanza sobre la defecación, la madre influye en cierta medida en la deposición de las heces fecales, lo cual en la fantasía del niño

es una frustración porque le quitan algo que es suyo, en otras palabras, lo castran. Así, en la realidad psíquica del niño la madre ya es castradora y esto se une a su temor de recibir un castigo a causa de los ataques que ha realizado al cuerpo de la madre, donde también está el padre. El castigo temido es la castración ejecutada por el padre, pero también desata la ansiedad de ser devorado y desmembrado por el superyó que conforman los padres en el interior de la madre (Klein, 1928/1986)

Klein (1928/1986) siente en desventaja el desarrollo de la niña en comparación con el niño sobre la posesión del pene. El niño lo posee, mientras que la niña lo consigue a través de la maternidad, sólo entonces obtiene un reconocimiento incierto de que lo tiene, pues es la madre quien finalmente le da lo que la niña quería, el pene del padre.

El superyó en la niña encuentra su relación, en primer lugar, desde la identificación con la madre en el plano anal sádico donde se originan en ella el odio y los celos y le crean un superyó materno cruel. Luego se desarrolla por una identificación paterna, que aún así, no es tan trascendente como la materna. En el niño predomina un superyó paterno y aunque también obtiene un superyó materno por la fase femenina, lo único que sucede es que reafirma la identificación con la figura del padre (Klein, 1928/1986). De esta manera, Klein concibe un superyó provisto de las dos figuras parentales.

e) Destinos de las pulsiones

En 1915, Freud dedica uno de sus libros para hablar de las pulsiones, especialmente las sexuales. Las direcciones que siguen las pulsiones son consideradas como modalidades de defensa hacia las mismas, entre ellas reconoce:

- Transformación en lo contrario

- La orientación hacia la propia persona
- La represión
- La sublimación

La transformación en lo contrario encierra el proceso del cambio de la meta o fin de la pulsión como en el par sadismo-masoquismo. Esto es, en el sadismo el fin placentero radica en agredir a otro, mientras que en el masoquismo el placer consiste en recibir la agresión de otra persona; y, como segundo proceso en la pulsión es la inversión de contenido, esto es, en la transformación del amor en odio, el cual por cierto, es el único ejemplo que Freud encuentra.

La orientación hacia la propia persona queda entendido si retomamos el ejemplo del par "sadismo-masoquismo", donde el masoquismo está definido como el receptor del sadismo en el propio cuerpo; así como en el par "escopofilia-exhibición", la exhibición entrafía la contemplación del cuerpo. En ambos casos el fin de las pulsiones es el mismo y el objeto es el que cambia.

El proceso del par sadismo-masoquismo sería de la siguiente manera:

- a) El sadismo consiste en la violencia ejercida contra una persona distinta como objeto.
- b) Este objeto es abandonado y sustituido por el propio sujeto. Con la orientación hacia la propia persona queda realizada también la transformación del fin activo de la pulsión en un fin pasivo.
- c) Se busca nuevamente una persona diferente como objeto.

Este último inciso corresponde al masoquismo propiamente dicho, que alcanza la satisfacción por el camino del sadismo primitivo. El masoquismo sólo puede ser engendrado en el sadismo. Una vez que Freud establece la pulsión de muerte dentro de su teoría, modifica su postura sobre el masoquismo y su origen se lo atribuye a esta pulsión.

Al tomar en cuenta que el fin de toda pulsión es la satisfacción, ésta parecería incomprensible en el sadismo cuyo fin es causar dolor. Pero si se considera que la sensación dolorosa o displaciente se extiende a la excitación sexual produciendo placer, el dolor tiene su razón de ser y es aceptado. Siguiendo esta explicación, la dinámica de las pulsiones en la antítesis sadismo-masoquismo estaría comprendida de la siguiente manera:

“Una vez que el experimentar dolor ha llegado a ser un fin masoquista, puede surgir también regresivamente un fin sádico de causar dolor, y de este dolor goza también aquel que lo inflige a otros, identificándose, de un modo masoquista, con el objeto que sufre dolor” (Freud, 1915/1981, pp. 2045-2046).

Así pues, el goce que acompaña a ese dolor es la excitación sexual, por lo que el masoquismo se vuelve el fin (meta) pulsional de quien es originalmente sádico.

Retomando el único ejemplo (amor en odio) en cuanto al segundo proceso de transformación en lo contrario, Freud se sirve de éste para reafirmar su fundamentación de las pulsiones (principio del placer) y los principios sobre los cuales descansa, hasta este momento, el aparato psíquico.

Reconoce tres antítesis en el amar: amar-odiar, amar-ser amado y amar y odiar pero con indiferencia. La transformación de amar a ser amado equivale al movimiento pulsional actividad-pasividad, donde amar representa la meta activa y ser amado la meta pasiva, esta última se considera como parte esencial del narcisismo.

La vida anímica está dirigida por tres polarizaciones conectadas unas con otras:

Sujeto (yo) – Objeto (mundo externo)

Placer – Displacer

Actividad – Pasividad

Las dos primeras coinciden en la situación psíquica primitiva: el yo (sujeto), al principio de la vida se encuentra revestido de pulsiones y es capaz de satisfacerse a sí mismo, es decir, es considerado como un estado narcisístico, de tal forma que le es indiferente el mundo externo. La coincidencia está pues en que el yo (sujeto) al satisfacer todas sus necesidades, en cierta forma, es él mismo quien se proporciona placer, mientras que el displacer lo relaciona con aquello que proviene de fuera, representándose en el mundo externo. Digamos que, el yo por ser autoerótico no prescinde del mundo exterior, sólo que a pesar de ese displacer, que no proviene de él, tiene que aceptar parte de éste para su misma supervivencia, provocado por la pulsión de autoconservación bajo el principio del placer. Posteriormente, el yo toma los objetos que son fuente de placer y los hace parte de sí (*introyecta*), mientras aleja (*proyecta*) aquello que le molesta de sí mismo y no le produce placer, se libera de lo que percibe como hostil. Así pues, la coincidencia entre las dos polarizaciones queda estipulada como yo-sujeto relacionado con el placer y un mundo externo con el displacer.

Si se toma la antítesis de amor-odio en coincidencia con la polarización arriba descrita encontramos que así como el yo *introyecta* lo que le produce bienestar, incluyendo el amor, también repulsa lo que no le gusta, lo que odia y quisiera alejar o incluso destruir, reproduciendo, de igual manera, la antítesis placer-displacer representantes del principio del placer.

Obviamente no se pueden atribuir sentimientos como el amor y odio a las pulsiones, por lo que sólo es posible hacer referencia a ellos con relación al objeto; son el prototipo de la lucha del yo por su conservación y afirmación. Así, en la relación con el objeto, el odio es más antiguo que el amor, ya que aparece como la repulsa del yo por la intromisión del mundo externo instaurándose desde muy temprana la relación antitética de las pulsiones sexuales con las de autoconservación o las del yo y cuando una relación amorosa se rompe, surge el odio en el lugar del amor (Freud, 1915/1981).

El destino de las pulsiones está expuesto a la influencia de tres grandes polarizaciones que dominan la vida anímica:

- Actividad – pasividad (como lo biológico)
- Yo – mundo externo (es la realidad)
- Placer – Displacer (polaridad económica)

Freud marca a la *represión* como uno de los cuatro destinos de las pulsiones porque, como se ha visto, las pulsiones no siempre logran expresarse, especialmente si interviene el principio de realidad.

La represión se convierte en el mecanismo que rechaza la manifestación de ciertas pulsiones y a su vez, evita, dentro de lo posible, su arribo a la conciencia. Esto sólo sería explicable si la pulsión tuviera como meta el displacer, pero no lo es; entonces, el placer anhelado por la pulsión tuvo que transformarse para así ser rechazada. Freud lo explica así:

"Será condición indispensable de la represión el que la fuerza motivacional de displacer adquiera un poder superior a la del placer producido" (Freud, 1915/1981, p. 2054).

Para que este mecanismo se presente se requiere una clara diferenciación entre la actividad consciente y la inconsciente, y por supuesto esto se aplica para los destinos antes descritos y a la sublimación, la cual se encarga de movilizar el fin del pulsión hacia actividades socialmente aceptadas, distantes de su conexión con lo sexual y sus fines agresivos.

Freud supone la existencia de dos fases de la represión, la primera es la represión primitiva, cuyo papel es el negar el acceso a la conciencia de la representación psíquica de la pulsión (pensamientos, imágenes, recuerdos, etc. a los que se liga la pulsión), con lo cual se produce una fijación de la pulsión con la representación.

La segunda fase, o sea la represión propiamente dicha, es una "fuerza opresiva posterior" contra ramificaciones psíquicas de la representación originaria y contra las ideas asociadas a ellas a pesar de provenir de otras fuentes. Es decir, que las ideas, imágenes, recuerdos, etc., fueron atraídos a esa primera representación y se le asociaron, sólo que ahora también sufren el mismo destino, ser reprimidos y no llegar a la conciencia. Lo que caracteriza a esta fase es el proceso de atracción y repulsión. La atracción es la proximidad de las representaciones que por alguna razón se van conectando, mientras que la repulsión se lleva a cabo porque al estar relacionado con la idea original reprimida su camino a la conciencia se complica.

Pese a los esfuerzos de la represión por mantener a todas las representaciones psíquicas bajo su yugo, no siempre lo logra. Por la cantidad de ramificaciones formadas a partir de la representación reprimida, éstas pueden haber conseguido distanciarse al grado de conseguir asomarse a la conciencia de forma "no asociada", en apariencia, con la primera representación, sobre la base de estos disfraces (distanciamiento y deformación) que adquieren las representaciones para burlar a la represión. Freud le da mucha importancia en la situación analítica con el paciente al método de la asociación libre, donde el

surgimiento de una idea puede ser el camino hacia la primera representación reprimida. La asociación libre es medio utilizado por Freud para acceder a los contenidos inconscientes del paciente, consiste en pedirle a éste que diga la primera idea que le venga en mente sin importar si es coherente o fuera de contexto.

Cuando la pulsión se fija a una representación les confiere cierta cantidad de energía psíquica (a este proceso se le llama catexis). El esfuerzo continuo de la represión implica un esfuerzo y por ende un gasto de energía. Liberar esas representaciones sería liberar tensión, reestablecer un equilibrio interno y, desde el punto de vista económico, un ahorro de energía.

Hay otro representante de la pulsión que no sufre el mismo camino de las representaciones de ideas, es el montante de afecto y se refiere a él como la separación de la pulsión con su idea, y por el contrario, logra su expresión en procesos que se vuelven perceptibles mediante afectos. Cuantitativamente, la pulsión tiene tres opciones de destino: a) quedar completamente reprimida sin dejar rastro observable de su existencia; b) presentarse bajo la forma de un afecto, y; c) transformarse en angustia. De acuerdo a los incisos b) y c) la energía psíquica de las pulsiones se transforma en afectos, particularmente en angustia, constituyéndose como un destino nuevo de las pulsiones (Freud, 1915/1981).

Se observa el camino de la represión por la creación de formaciones sustitutivas observables en las neurosis. También interviene en la formación de síntomas. Hay una tercera fase en la represión que se manifiesta a través de síntomas, sueños, actos fallidos, etc., como una vuelta a lo reprimido (Laplanche y Pontalis, 1967/1996).

Para finalizar, la represión puede ser vista desde los aspectos tópicos, económico y dinámico:

- a) desde el punto de vista tópico: de acuerdo a su primera tóptica del aparato psíquico -formada por las estructuras Consciente, Preconsciente e Inconsciente- la represión evita que las representaciones emerjan a la conciencia; mientras que en la segunda tóptica –consolidada por las instancias Ello, yo y superyó-, el yo emplea a la represión como un mecanismo defensivo.
- b) Desde el punto de vista económico, la carga que asigna la pulsión a sus representaciones pone en acción a la represión sobre el movimiento del gasto y ahorro de la energía psíquica (supone un juego complejo de retiro de la catexis, recatectización y contracatexis que afecta a los representantes de la pulsión).
- c) Desde el punto de vista dinámico, el interés se centra en el cómo una pulsión llega a producir displacer, cuando su naturaleza es otra, y para promover su represión (Laplanche y Pontalis, 1967/1996).

El cuarto destino de las pulsiones es la *sublimación*, la cual está definida como la dirección de la pulsión sexual hacia un fin no conectado con lo sexual, y más afín hacia actividades u objetos cuya valoración social es reconocida, tales como la creación artística, practicar algún deporte, ocupaciones intelectuales, etc. Se desplaza la finalidad de la pulsión pero no su intensidad. Con la elaboración de su segunda teoría de las pulsiones, habla también de la susceptibilidad de las pulsión agresiva a ser sublimada.

Las vías de satisfacción de la pulsión sexual serán coordinadas por el principio de realidad, pues es quien funge como moralista; restringe y posterga las demandas de las pulsiones valiéndose, principalmente, de la represión.

II. PULSIÓN DE MUERTE

TEORÍA DE LA PULSIÓN DE MUERTE

En 1920, Freud introduce el concepto de pulsión de muerte en su libro *Más allá del principio del placer*, un título por demás sugestivo y cuestionante sobre este nuevo concepto al que Freud consideró "el regulador de los procesos anímicos". En este libro no sólo se instaura una nueva visión de las pulsiones sino también le da un giro al psicoanálisis y a su propio pensamiento. Cuestiona su antigua postura basada en el principio del placer y establece un más allá de la realidad psíquica que concebía.

Hasta este momento el aparato psíquico para Freud estaba regido por el principio del placer que, como ya se ha comentado, descansa sobre la premisa de la búsqueda del placer y la evitación del displacer a partir de las tensiones generadas ya sea en el interior o en el exterior del organismo. De acuerdo a este principio, la vida del sujeto desde su temprana edad se basa en la consecución de placer dirigida principalmente hacia sí mismo (autoerótica), de tal forma que las privaciones impuestas por el medio externo generadas por el principio de realidad, en apariencia, no le afectan. Con el crecimiento el individuo interactúa más con el medio y personas que lo rodean y el principio de realidad, en lo sucesivo, evitará y/o postergará las demandas de las pulsiones (sexuales y del yo) que buscan su satisfacción inmediata en función del entorno y la situación del momento.

La pulsión sexual (libido) es la excitación que emana de un órgano del cuerpo y su representante descansa en el placer físico y psíquico. La pulsión de autoconservación aparece por primera vez en 1910 en *Concepto psicoanalítico de las perturbaciones patógenas*, pero ya estaba implícita desde 1905 cuando hablaba de que la pulsión sexual se apoyaba en otras funciones, las corporales.

Posteriormente se le asocia con la pulsión del yo por ser una instancia que procura la estabilidad del aparato psíquico. Así, la confrontación entre las pulsiones sexuales y del yo o de conservación trae como resultado el conflicto psíquico, o incluso pueden propiciar el síntoma neurótico (Freud, 1910/1981). La pulsión sexual obedece más al principio del placer, es decir, busca saciar sus necesidades pero con ello desequilibra al aparato psíquico. La pulsión del yo o de autoconservación procura restablecer dicho equilibrio y lo hace valiéndose de la represión. Estas últimas pulsiones aunque en un principio también están relacionadas con el principio del placer, se separan y se convierten más en agentes de realidad, que son los que permiten distinguir entre los estímulos externos y los internos.

Con la represión, las pulsiones son retenidas en niveles bajos del desarrollo psíquico (en el inconsciente), evitando que consigan su fin. Más, si por algún otro medio, retoman la vía para la satisfacción sustitutiva o directa, este fin ya no se considera placentero sino displacentero por el yo. De esta manera, Freud concluye que el displacer neurótico es el placer que ya no es sentido como tal.

El principio de constancia procura mantener, como su nombre lo indica, una constancia de energías en el organismo a través de la evitación de excitaciones externas, o bien, a través de poner en marcha los mecanismos necesarios para la descarga y defensa en el interior cuando las tensiones se incrementen. Por ello, este principio es considerado como económico y al servicio del principio del placer (Laplanche y Pontalis, 1967/1996).

Bajo la concepción del principio del placer, las pulsiones sexuales buscan satisfacerse para alcanzar el placer, sin embargo no siempre llegan a su destino porque el principio de realidad lo impide a través de diferentes mecanismos de los que se vale el yo, tales como la represión, la sublimación, transformación en lo contrario y la orientación hacia propia persona. Otra forma es proyectando las

pulsiones hacia el exterior, y así, la tensión generada por ellas se reduce, pues el incremento de tensiones es el reflejo del displacer. De acuerdo a esta idea, la reducción de tensiones promueve el restablecimiento de un equilibrio en la energía del organismo y, por otro lado, la liberación del displacer. La reducción de tensiones a cero es una idea que vislumbra la dirección del pensamiento de Freud para la concepción de la pulsión de muerte, la cual está definida como un retorno a lo inorgánico, esto es, lleva al organismo hacia su propia muerte. Sin embargo, llevar al organismo a su completa liberación de excitaciones desembocaría en su propio fin, lo cual no es admisible, por el momento, para el pensamiento de Freud y mucho menos desde la concepción del principio del placer. La pulsión de conservación o del yo es quien frena esa descarga total de excitaciones que lleve al organismo a semejante fin, pues su papel no sólo es la conservación del individuo sino de la propia especie. El papel de la pulsión de conservación da indicios de otro concepto que pertenece a la segunda teoría pulsional y quien será el complemento de la pulsión de muerte, ésta será la pulsión de vida (Eros), la encargada de unir y evitar la destrucción que genera la pulsión de muerte. Es necesario seguir algunos textos de Freud que lo llevan a pensar en una explicación alternativa sobre el funcionamiento del aparato psíquico y no sólo bajo la visión del principio del placer.

Freud en *Las pulsiones y sus destinos* (1915/1981) habla de las direcciones que la pulsión puede recorrer a fin de conseguir su propósito. El sustento de este libro por un lado, abarca las características de las pulsiones y agrega el empuje como la fuerza energética constante de toda pulsión para conseguir su meta y, por otro lado, la posibilidad de diversas vías que la pulsión sigue para su expresión. En conjunto estas ideas consolidan la primera doctrina pulsional.

Para 1914, Freud se percató de que la pulsión sexual además de utilizar al objeto como un medio para llegar a su fin, también se fija a él como representante de un modelo en su relación con los objetos. Esto es, la pulsión invierte al objeto ya

sea que se encuentre en el mundo externo (libido de objeto) o en la propia persona (libido del yo).

En los primeros meses de vida el niño se apoya en las figuras parentales, especialmente en la madre, con quien establece su primer vínculo por ser quien satisface sus necesidades. Esta elección de objeto de apoyo se le denomina *anaclítica*, porque en un futuro tomará ese modelo, el de la imagen parental, en su nexos con otros objetos. Una segunda forma de elección de objeto es la *narcisista*, donde el modelo es la propia persona, del yo parte la carga de las pulsiones y también a él regresan. Con el narcisismo, especialmente, afirma que la propia persona se toma como objeto y como receptor último de sus pulsiones.

Así propone, la manera en que la pulsión sexual se vale de una ligazón con los objetos -sea la imagen de la figura paterna o materna o bien, sea la de la propia persona-, para llegar a su fin mediante el apoyo y el investimento en el objeto (*anaclítica*) o del sí mismo (*narcisista*). La pulsión del yo por tener la función de conservación también tiene un nexos con el narcisismo en cuanto a la preservación del yo, en el amor a sí mismo. Cuando la pulsión inviste al objeto le asigna una determinada carga, lo cual implica que en situaciones dolorosas o que para la persona signifiquen la pérdida, entonces regresarán a ese primer modelo por su semejanza.

Con la concepción de que el adulto, y no sólo el niño, es capaz de tomarse a sí mismo como objeto para relacionarse con el mundo circundante, Freud (1917/1981) se introduce en otra serie de temas como el dolor y la melancolía. Estos estados de ánimo se caracterizan por la pérdida de un objeto y el sentimiento de ambivalencia hacia dicho objeto. La melancolía tiene una premisa más: la regresión de la libido al yo. En el dolor la pérdida del objeto recae sobre éste, mientras que en la melancolía la pérdida más sobresaliente es en el yo de la propia persona.

La persona melancólica tiene sentimientos ambivalentes por el objeto pero es incapaz de expresar sus sentimientos de hostilidad sobre éste, por lo que las vuelca sobre sí. Elige tomarse como objeto (narcisista) y sobre él recaen una serie de reproches, acusaciones o incluso humillaciones que son expresiones de la pérdida de interés en el mundo exterior, pero sobre todo del amor propio, lo cual hace que este estado de ánimo sea profundamente doloroso.

Los sentimientos ambivalentes hacia el objeto perdido lo ponen en conflicto, del cual escapa dirigiéndose a él mismo la hostilidad que originalmente estaba dirigida hacia su objeto. Esta hostilidad para Freud es un representante de la "reacción primitiva del yo contra los objetos del mundo externo" (Freud, 1917/1981, p. 2097). La sustitución del objeto por él mismo es producto de la regresión cuyo movimiento hacia atrás sucumbe al primer estadio del desarrollo, en la fase oral-sádica.

En *Consideraciones sobre la guerra y la muerte* (Freud, 1915/1981), habla de la agresión como una conducta repetitiva a lo largo de la historia de la humanidad, en la guerra entre pueblos y naciones, y por el otro lado, menciona la falta de credibilidad en cada quien sobre la propia muerte. Sin embargo, en este mismo texto menciona lo siguiente: "Todos nuestros cariños, hasta los más íntimos y tiernos, entrañan, salvo en contadísimas situaciones, un adarme de hostilidad que puede estimular el deseo inconsciente de muerte" (Freud, 1915/1981, p. 2116).

Freud (1919/1981) plantea la cuestión de un elemento siniestro o demoníaco como parte de la vida. Algunos eventos externos y ajenos por su aparición casual podrían denominarse siniestros; pero lo que llama su atención es que más allá de lo casual hay otro tipo de situaciones cuya procedencia surge desde el interior de la persona, esto es, la repetición de eventos cuyo fundamento es interno y provocado por el dominio de un automatismo dirigido por el

inconsciente. Este dominio asegura Freud, debe ser más fuerte que el principio del placer porque logra su propósito, manifestarse. Esto es más visible en los niños pequeños porque mientras el niño se rige por el principio del placer, la energía circula libremente y se manifiesta porque busca su satisfacción inmediata y más rápida sin que nada lo detenga, pero cuando interviene el principio de realidad, la energía ya no puede expresarse como tal y entonces se liga a objetos para obtener la satisfacción.

Lo siniestro está más relacionado con experiencias que han sido reprimidas, las cuales en etapas posteriores de desarrollo son reavivadas por alguna situación externa, o también, por la confirmación de ideas cuya convicción ya había sido superada.

Para este momento, el placer moderado por la realidad se coarta y ya no es suficiente para explicar toda la conducta humana y mucho menos para continuar siendo el postulado regente de la vida psíquica. Requiere un nuevo principio para abarcar hechos como la repetición, la agresividad, el odio, el sadismo, etc. Este nuevo principio es la pulsión de muerte (Mannoni, 1987). Laplanche (1970/2001) habla de la aparición de la pulsión de muerte como una contribución que "surge en el mismo centro del sistema, constituyéndose en una de las dos fuerzas fundamentales y quizás incluso en la única fuerza primordial en el seno del psiquismo, ser vivo y aún de la materia" (Laplanche, 1970/2001, p.13).

Cuando Freud (1920/1981) presenta *Más allá del principio del placer* afirma la existencia del principio del placer aunque también surgen interrogaciones sobre la veracidad y aplicación de éste a toda la vida psíquica, pues existen ciertas situaciones ante las cuales no obtiene respuestas que lo satisfagan y además que escapan a este principio: el juego en la infancia, la compulsión a la repetición y los sueños en la neurosis traumáticas.

El placer es el fundamento de la primera teoría pulsional, pero la segunda está basada en el dolor. Un dolor que en primera instancia es displacentero pero bajo la lupa del principio del placer no tiene sentido para Freud, especialmente cuando es un dolor compulsivo, o simplemente, cuando el dolor lo vive la persona pero sin un ápice de placer que lo fundamente.

Al observar el juego de los niños se percata de que esta actividad tiene una función más allá de lo lúdico y de lo hedónico, el niño también lo usa como una forma de revivir ciertos eventos, particularmente si fueron desagradables y/o que le causaron una fuerte impresión, ya sea como una visita al doctor, o como en el ejemplo que Freud pone, una visita al dentista. Al revivirlos jugando hace sufrir a otro lo que él sufrió, con la intención de lograr dominarla mejor que cuando la recibió. Por supuesto, este proceso lo utiliza también con actividades placenteras, cuando quiere jugar lo mismo todo el tiempo, o bien, cuando pide que le cuenten la misma historia una y otra vez; esta conducta en el niño es considerada como normal y con la edad cesa. Pero en la persona adulta, la compulsión a la repetición no puede ser explicada bajo la misma concepción que el juego en el niño. En el adulto no encuentra el por qué éste retoma representaciones de las cuales no obtiene placer alguno, y más aún, no se da cuenta de ello por ser inconscientes; repite patrones de conducta sin percatarse de que lo hace. Entonces, repite lo reprimido para no recordar, y además lo hace sin tener una gratificación placentera detrás, por lo cual el principio del placer no es aplicable.

Otra situación que sale del ámbito de este principio son los sueños de las neurosis traumáticas. Esta neurosis tiene su etiología en la intromisión abrupta de una sobrecarga de excitación que proviene del exterior y donde existe el peligro de muerte, ante la cual el individuo es incapaz de desarrollar mecanismos para enfrentarla o protegerse porque superan cierto límite de energía para la que no está preparado, como es el caso de las guerras, accidentes, fenómenos naturales,

etc. En la vida despierta se tiende a olvidar el evento traumático pero en la onírica se revive provocando que la persona se despierte sobresaltada y recuerde nuevamente. La vida onírica se refiere a vida del durmiente, específicamente a los sueños. Para Freud, los sueños son cumplimientos de deseos, más este tipo de sueños que llevan a la persona a revivir la situación traumática son la excepción.

Freud asegura que el organismo tiene la capacidad de defenderse contra excitaciones que provengan de fuera mas no si provienen del interior; una situación externa que ponga en marcha todas las defensas de la persona y aún así las atraviesa como en el caso de las situaciones traumáticas, deja fuera de contexto al principio del placer. Es por eso que supone la existencia de algo más antiguo del reinado de este principio, un elemento pulsional.

Surge la pregunta en Freud sobre el nexo entre las pulsiones y la compulsión a la repetición, a lo cual responde que la pulsión tiende a llevar a lo orgánico vivo a reconstruir un estado previo. Siguiendo el curso de la vida en general y con la premisa de que todo lo vivo muere y retorna a lo inorgánico, deduce que lo animado antes era inanimado. Esta especulación concluye con la tesis de *"la meta de toda la vida es la muerte"* (Freud, 1920/1981, p. 2526) y ésta no necesariamente es provocada por causas externas, también hay un factor que actúa desde el interior a la que nombra pulsión de muerte. Ahora bien, se había pronunciado una pulsión de conservación que preserva la vida, sin embargo, la contradicción sería en cuanto a la meta o el fin al que se tiende, o al que se llega; entonces, así como hay una fuerza que lleva al organismo hacia un estado inanimado, también hay otra que procura aplazar este desenlace. Esta pulsión sería la pulsión de vida.

Para explicar la pulsión de vida, toma como base la unión celular como modelo de preservación del organismo, manteniendo unido todo lo animado, coincidiendo así con el "Eros" de los poetas y filósofos. De ahí, Eros, es el sobrenombre de la pulsión de vida, fuerza ligadora que procura mantener y

preservar tanto al individuo como a la vida psíquica, permitiendo el desarrollo de la persona y la continuidad de la vida misma. Su antagonista, la pulsión de muerte, es la fuerza que tiende a la destrucción, aparece como principio interno de discordia y desunión.

Para dar validez a esta tesis se apoya en la investigación de organismos unicelulares de Weismann, quien habla de dos componentes en la vida de los organismos, uno mortal (soma) y el otro inmortal (plasma germinativo) que permite la conservación de la especie a través de la procreación. Toma esta postura como símil por su analogía con las pulsiones, más aclara que éste investigador parte de los elementos de la sustancia viva, mientras que Freud de las fuerzas que actúan en ellos. Pero tras seguir la investigación de Weisman no queda satisfecho porque para éste no hay división entre el soma y el plasma germinativo, por lo que los seres unicelulares gozan de inmortalidad, mientras que los multicelulares no, mueren por causas internas como si la muerte fuera una adquisición de los organismos animados.

Pese al intento por tener una respuesta en la ciencia para consolidar su tesis, termina reafirmando su nueva postura pulsional. La visión biológica ni rechaza ni afirma las ideas de Freud, porque las explicaciones morfológicas, incluyendo la de la muerte, no hablan de las fuerzas ni de su dinámica para que se cumpla semejante fin.

Una vez que se ha establecido la nueva dualidad de las pulsiones, tenemos una pulsión interna (pulsión de muerte) que lleva al organismo hacia la muerte sin necesidad de ser atacado desde fuera para llegar a este fin, donde las tensiones tienden a ser reducidas. En este punto la pulsión del yo o de autoconservación queda incluida en la pulsión de muerte y las pulsiones sexuales a la vida (Eros). Es aquí, donde el primer dualismo pulsional se modifica, cimentándose la segunda fundamentación. Sin embargo, aún son consideradas por su creador como opuestas, como si cada una se manifestara de manera independiente. Esta idea la

corrige en 1924, donde explica que las pulsiones poseen la característica de combinarse o disociarse, es decir, que llegan a mezclarse en distintos momentos y en otros puede predominar alguna de ellas sobre las otras. Esta pareja de pulsiones rigen en el inconsciente, actúan juntas, son complementarias y por el contrario, es difícil que las encontremos en su forma pura.

En 1924, Freud rectifica el lugar que había asignado a la pulsión del yo, pues la había anexado a la pulsión de muerte, sin embargo cambia de parecer porque la esencia de las pulsiones del yo, por tener la encomienda de salvaguardar el aparato psíquico, no pueden pertenecer a la pulsión de muerte, sino al Eros. De acuerdo a esta idea, Eros como fuerza que une procura hacer unidades cada vez más grandes, protegiendo así la existencia de la propia persona contra peligros externos o internos. En su primera teoría pulsional las pulsiones sexuales tenían como meta la descarga de la tensión y la recuperación del anterior equilibrio, mientras que ahora, el Eros tiene como fin unir lo que antes estaba separado, desligado. La descarga de tensiones ya no es la base de la segunda teoría de las pulsiones, por lo que deja de lado el punto de vista económico y es reemplazado por una perspectiva estructural. El Eros une, liga, vincula y es quien que forma estructura.

Basado en la compulsión a la repetición, Freud habla de algo propio de las pulsiones, su carácter repetitivo. En otras palabras, es la compulsión a mantener la misma forma (Green, 1997). En 1915, en *Consideraciones sobre la guerra y la muerte* Freud hacía mención sobre la reconstrucción de estados primitivos, los cuales son imperecederos. Para 1920, el carácter regresivo de la pulsión corresponde a la compulsión a la repetición, pues el fin de la pulsión es el restablecimiento de lo inanimado.

Desde 1905 ya se hablaba de una pulsión parcial sádica relacionada entonces con la fase sádica-anal del desarrollo, pero con esta segunda concepción pulsional se ve obligado a explicar el sadismo de manera diferente

porque desde pulsión sexual -ahora como integrante de Eros- no le es posible por ser conservador de la vida. El sadismo, también llamada pulsión sádica, forma parte de la pulsión de muerte.

El componente sádico está dirigido a dañar al objeto que participa desde el primer estadio del desarrollo y cuando queda supeditado a la primacía de la genitalidad tiene la función de dominar al objeto sexual. La pulsión parcial complementaria del sadismo es el masoquismo a quien define como "*el retorno del sadismo contra el propio yo*" (Freud, 1920/1981, p. 2536), en otras palabras, es una regresión de la pulsión de muerte dirigida hacia la propia persona. De acuerdo a esta idea y en comparación con la antigua postura sobre las pulsiones, termina sin tener sentido pues el dolor sería un fin y no una señal de alarma como antes era expresada cuando la excitación se incrementaba con el principio del placer como regente.

Con la pulsión de muerte también habla del dolor, el cual no puede ser concebido sólo como displacentero, es un dolor resultante de las fuerzas pulsionales que son dirigidas hacia otras personas o sobre el propio individuo. La melancolía como un estado afectivo doloroso ya posee un nuevo marco explicativo. Los reproches, humillaciones y maltrato que el melancólico siente por otra persona pero que los deposita sobre sí, sólo pueden tener su procedencia en la pulsión de muerte, una pulsión de muerte que se vuelca en la propia persona bajo el influjo de la regresión hacia el estadio oral del desarrollo, al narcisismo originario.

El conflicto psíquico para Freud estaba comprendido entre la lucha de las pulsiones sexuales y del yo o conservación. Al final de *Más allá del principio del placer* (1920/1981), el conflicto psíquico lo comprende entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte. El principio del placer aparece al final como un vigía o centinela de las excitaciones provenientes tanto del interior como del ambiente externo de la persona ya sean placenteras o displacenteras.

En 1923, Freud desarrolla una segunda tónica del aparato psíquico compuesto por tres componentes: Ello, yo y superyó. El Ello es el lugar donde ubica a las pulsiones y a partir del éste se desarrollan las siguientes instancias, o sea, el yo y el superyó. Las pulsiones están fusionadas y tienden a la continuación o destrucción de la vida. La pulsión de muerte entra la servicio del Eros cuando éste lo dirige hacia el exterior a manera de pulsión de destrucción. Así, la regresión de la libido tiene su causa en la defusión de las pulsiones, mientras que el progreso se debe a la agregación de componentes eróticos.

Esta segunda teoría de las pulsiones continúa tomando forma en *El problema económico del masoquismo* (Freud, 1924/1981). En este texto, Freud abandona el principio del placer como regulador de los procesos anímicos porque ya no tiene cabida como fundamento para explicar el par sadismo-masoquismo. El masoquismo lo había definido como una vuelta del sadismo contra el propio yo, pero lo que encuentra aquí es un masoquismo como la manifestación de actos punitivos y de castigo contra el sí mismo, ya sea por otras personas o incluso por el propio individuo, donde éste se siente merecedor de dichos actos que pueden poner su vida en riesgo y lo afecten física o emocionalmente por algo que hizo, pensó o fantaseó.

Las dos pulsiones además de compartir un espacio en el Ello, también están involucradas en distintas funciones del pensamiento, son complementarias y sus distintas combinaciones dan lugar a una gran variedad de conductas.

Reconoce tres formas de masoquismo:

- como condicionante de la excitación sexual (erógeno)
- como manifestación de la feminidad (femenino)
- como norma de conducta vital (moral)

El masoquismo erótico es el placer en el dolor y éste es la base de las otras dos formas de masoquismo.

El masoquismo femenino tiene como base el placer en el dolor pero a través de las fantasías masoquistas cuyo contenido expreso radica en el castigo, o sea, la persona debe ser sancionada por algo que hizo. Dicho castigo le implica soportar el maltrato tanto físico como emocional y como resultante obtiene la satisfacción sexual, o bien, culmina en un acto masturbatorio (onanista). La interpretación sería que el masoquista desea ser tratado como un niño pequeño y malo, pero también se oculta un sentimiento de culpabilidad relacionado con la masturbación infantil. Si despierta culpa se relaciona más con el masoquismo moral.

Freud relaciona este tipo de masoquismo con lo femenino por la transferencia que hace el sujeto a una circunstancia propia de este sexo, como es el caso de la falta de pene (castración), soportar el coito o parir.

"No nos asombrará oír por tanto, que en determinadas circunstancias el sadismo o instinto de destrucción orientado hacia el exterior o proyectado puede ser vuelto hacia el interior, o sea introyectado de nuevo, retornando así por la regresión a su situación anterior. En este caso producirá el masoquismo secundario que se adiciona al primitivo" (Freud, 1924/1981, p. 2755)

El masoquismo erótico acompaña a la libido en todas sus fases del desarrollo, tomándole prestados todos sus revestimientos psíquicos. En la fase sádico oral está la angustia de ser devorado; el deseo de ser maltratado por el padre en la sádico-anal; las fantasías de castración en la fálica; y en la genital "se derivan naturalmente las situaciones femeninas del ser sujeto pasivo del coito y parir" (Freud, 1924/1981, p. 2755)

En el masoquismo moral, la relación con la sexualidad no es tan estrecha como en las anteriores formas de masoquismo; por otra parte, el sufrimiento como tal es bienvenido cuando proviene de cualquier persona, a diferencia de los otros tipos de masoquismo donde era condición indispensable que éste se efectuara a través de la persona amada; en cualquier caso la pulsión de destrucción se vuelca sobre el propio yo. Este masoquismo se caracteriza por un superyó, o bien, figuras parentales de poder sádico que se vuelca sobre la demanda de castigo del yo. Y ¿por qué el yo desea ser castigado? El conflicto entre estas dos instancias reposa en que el superyó como representante de la moralidad que se instaura al ser superado el complejo de Edipo, introyecta las figuras de poder tanto parentales como de otros modelos de conducta. Entonces, el yo reacciona con un sentimiento de culpabilidad, miedo y angustia por alejarse del ideal que impera en el superyó y por lo que éste representa (mundo externo, cultura, tradiciones, educación, etc.). El yo, por su parte, al sentirse por debajo de la exigencias pide el castigo de un superyó investido de pulsión de muerte. El sentimiento de culpabilidad se transforma en el deseo de ser castigado.

El masoquismo se procura la idea de realizar actos punitivos que le confieran un castigo, al grado de no sólo poner en juego la moral sádica, sino que afecta su propio bienestar, tales como obstruir y/o destruir oportunidades que procedan del exterior o incluso terminar con su propia existencia.

Ante una cultura que impide la expresión de las pulsiones, estas deben ser reprimidas, especialmente aquellas con un contenido de agresividad como el sadismo, de tal forma que se tiende a volcarlo sobre la propia persona con objeto de no afectar a otros. Más, sin embargo, la cultura no sólo impide la expresión de las pulsiones agresivas, sino que exige un dominio de ellas a base del sacrificio de las mismas, pues en la cotidianeidad se afectarían las relaciones con otras personas, es decir, un sacrificio en pos de la sociedad en general y aunque esto no es posible en todos los sentidos se llegan a manifestar pero acompañados de

Eros, quien, sobre este enfoque, representa la unión de personas para formar una unidad más grande: la humanidad (Freud, 1933/1981).

Para Freud la pulsión de muerte es muda en el interior porque sólo es perceptible cuando se manifiesta a través del sistema muscular y en su expresión se denomina pulsión destructiva, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder. Desviar la pulsión de muerte hacia el exterior es la manera en que Eros la combate en el interior. Este movimiento lo considera indispensable para la autoconservación de la vida porque contenerlo lleva al individuo a la enfermedad, o incluso hacia su propia muerte. Klein (en Heimann e Isaacs, 1952/1975) toma como ejemplo las repercusiones autodestructivas que conlleva la pulsión de muerte en el masoquismo para refutar la idea de Freud acerca del silencioso proceder de esta pulsión, alegando que los intereses de la persona se truncan y se ven afectados en mayor o menor escala.

En 1924 Freud agrega una nota a su libro *Tres ensayos para una teoría sexual* donde afirma la importancia de la teoría de las pulsiones al aparato psíquico pero también dice que es la más incompleta. Esta idea se reafirma en *Compendio de Psicoanálisis* (1940/1981) donde deja algunas cuestiones sin respuesta. Freud acepta que la característica de las pulsiones acerca de repetir un estado primitivo sólo se ajusta a la pulsión de muerte y no al Eros, pues tendría que suponer que la sustancia viva era una unidad que fue destruida y que tiende a su nueva unión. Deja abierta esta especulación sobre el carácter repetitivo como característica de las pulsiones, de alguna manera sólo lo atribuye a una sola, a la pulsión de muerte.

La dinámica de la pulsión de muerte con el desarrollo del niño y su relación con el medio que lo rodea, le da un cierto valor a la instancia del superyó, no sólo como medida restrictiva interna sino como un representante del medio social internalizado.

El superyó es una instancia que comprende las normas sociales y de educación que en un principio son acatadas por el niño en función de las figuras de autoridad, posteriormente son introyectadas y asumidas por la persona sin necesidad de la presencia física de esas figuras. Entonces, el superyó tiene la característica de ser restrictivo no sólo de la conducta sino también y, especialmente, de la propia satisfacción de las pulsiones, impide que lleguen a su fin. Estas se fijan en el interior del yo y actúan de manera autodestructiva. El individuo muere por sus conflictos internos, pues una parte de la autodestrucción permanece en el interior.

En 1940, Freud hace referencia al poderío del Ello como la instancia que "expresa el verdadero propósito vital del organismo individual: satisfacer sus necesidades innatas" (Freud, 1940/1981, p. 3381). Con esto confirma la idea que había proclamado en 1920 acerca de que el organismo busca morir a su propio modo, o bien, por sus mismas pulsiones.

III. ANGUSTIA

a) Angustia: dos teorías

La angustia es un concepto que encontramos constantemente a lo largo del pensamiento de Freud, desde sus escritos sobre la histeria figura como generador y/o resultante de algunas neurosis. Por otra parte, también la encontramos relacionada a fenómenos psíquicos de defensa y en el desarrollo psicosexual.

Freud desarrolla dos teorías de la angustia, la primera surge entre 1895-1900 donde la angustia funge un papel económico porque al incrementarse las tensiones encuentran su descarga en la producción de angustia; la segunda postura la plantea en 1926 en *Inhibición, síntoma y angustia*, donde ésta, la angustia, se presenta como señal de alarma del yo.

En su primera teoría, Freud considera a la angustia como un estado afectivo propio del ser humano, cuyo valor es el de supervivencia y está relacionada con situaciones de peligro o incluso traumáticas, ante las cuales surge la angustia de forma automática. Se considera una situación traumática a aquella que por la cantidad de estímulos que conlleva abruma a la psique sin que ésta logre manejarla o descargarla (González Núñez y Rodríguez, 2002).

La angustia por ser un estado afectivo y cuya energía es libre puede aumentar o disminuir, ser desplazada o descargada. En este último caso estaríamos hablando de que la angustia es una descarga cuantitativa y económica porque libera la tensión que ya había generado. Al ser energía libre, también es susceptible de ligarse a un síntoma somático o al contenido de cualquier representación.

Ahora bien, tenemos una excitación sexual que bajo los lineamientos del principio del placer busca su satisfacción, pero no lo consigue porque el yo se vale de la represión y transforma a la libido en angustia.

Cuando Freud (Laplanche, 1980) habla de la neurosis de angustia le atribuye tres síntomas: un *fondo de excitabilidad general* que el sujeto es incapaz de manejar o soportar; la *expectativa angustiada*, la cual es un estado de ansiedad constante que se fija a cualquier situación ocasional, por lo que puede fijarse en cualquier cosa. En este punto, la ansiedad se vuelve compulsiva. El tercer síntoma es *el ataque de angustia* que puede estar ligado a funciones corporales como a la respiración, sistema cardiaco, visión, etc. (aspecto somático); a ideas relacionadas con la amenaza de muerte, locura, pérdida; y también a una representación, como en el caso de la fobia.

Al decir que la producción de la angustia es automática es porque sus fuentes provienen del interior, es decir de las pulsiones del Ello. Freud asocia esta producción con una situación primaria donde se experimentó igualmente una cantidad de estímulos que dan el carácter de traumático, el nacimiento. El "trauma de nacimiento" como lo llama Rank es el que Freud adopta en 1926 como el prototipo de angustia. Al respecto comenta: "...supondremos que el estado de angustia es la reproducción de una experiencia que integraba las condiciones de tal incremento del estímulo y las de descarga por vías determinadas, lo cual daría el displacer de la angustia su carácter específico" (Freud, 1926/1981, p. 2860). Esa experiencia es el trauma de nacimiento. Más adelante expresa que no se puede atribuir toda la responsabilidad al evento del nacimiento como generador de las neurosis. Hay otras situaciones que se catalogan de peligrosas en la infancia, así que son a ellas a quienes recurrirá para explicar el origen de la angustia.

Esta postura sobre la angustia encuentra su apoyo en algunas fobias infantiles donde sobresalen los elementos de soledad, la presencia de personas

extrañas en el lugar de la persona amada y la ausencia del objeto amado. En conjunto o de manera particular estos factores desatan la angustia. La respuesta de angustia se debe a la falta del objeto, a la ausencia de ese objeto amado y proveedor de sus necesidades.

La similitud que Freud (1926/1981) encuentra en dos casos de fobia (caso Juanito y Hombre de los lobos) es la incapacidad de la persona en su infancia de manejar sus pulsiones, sobre todo las agresivas dirigidas hacia la figura del padre, las cuales son reprimidas pero para mantener la estabilidad interna al peligro lo coloca en otro objeto mediante una formación sustitutiva. Este movimiento trae dos ventajas: por un lado, evita el conflicto de ambivalencia hacia el padre; y por el otro, permite el desarrollo de la angustia en la expresión como tal de la fobia y de manera condicionada, es decir, que cada vez que se aparezca el otro objeto la angustia se desata.

El peligro se exterioriza normalmente, aunque su contenido real es inconsciente, pero por estar disfrazado puede llegar a la conciencia. En el caso de la zoofobia, el peligro al que se teme y por el cual la angustia se destapa, es por el miedo al castigo que la figura paterna de al niño y que este castigo sea la castración. En el caso de Juanito el miedo es a ser mordido por los caballos.

En la fobia, el peligro principal al que se enfrenta el aparato psíquico es la castración; por su parte, el yo (instancia encargada de la conservación del aparato psíquico) es quien utiliza a la angustia como una señal frente al peligro y, al mismo tiempo, inhibe dicho peligro por la instancia placer-displacer.

En 1923, Freud expone una nueva tesis sobre la angustia aunque es hasta 1926 donde la desarrolla: "*el yo es la verdadera residencia de la angustia*" (Freud, 1923/1981, p. 2727). Entonces, el yo por la amenaza a la que se ve expuesto desarrolla la fuga a manera de angustia como una señal de peligro. Esta fundamentación se percibe como tópica (por el lugar que le confiere) porque el yo

no sólo es el responsable de la expresión de angustia, sino también su sede. Así como el yo trabaja con energía desexualizada, la conexión antes estipulada entre angustia y libido queda rota y más aún, la sexualidad como causa de la angustia queda de lado.

Freud considera que hay una serie de situaciones que se presentan en el desarrollo de la persona que dan al yo la experiencia de anticipar y actuar cuando los peligros se presentan para evitar que éstos se vuelvan traumáticos. Durante la infancia y en cada uno de los estadios del desarrollo existe una situación angustiosa ligada. Esto no quiere decir que en el paso de una etapa a otra, la situación angustiosa desaparezca; en realidad, puede persistir y, en determinado momento, provocar que el yo, en lo sucesivo, emita la angustia como reminiscencia de las anteriores y se prepare para el peligro. "El peligro de desamparo psíquico corresponde a la época de carencia de madurez del yo; peligro de la pérdida de objeto, a la dependencia de otros en los primeros años infantiles; el peligro de la castración, a la fase fálica; y el miedo al superyó, al periodo de latencia" (Freud, 1926/1981, p. 2865). El ser adulto no implica estar exento de sufrir situaciones angustiosas, ni de retroceder a semejantes momentos de su infancia; de tal forma, que el aparato anímico, puede fallar en diferentes momentos para cada persona por la falta de dominio o control en la descarga de excitaciones. Algunas condiciones de la angustia no desaparecen y permanecen con el sujeto toda su vida, como el miedo al superyó.

Una situación peligrosa es aquella donde se reconoce el propio desamparo, no sólo es recordado sino también esperado. El yo es capaz de anticipar algunas demandas del Ello, para las cuales se prepara de antemano con la producción de angustia como elemento desagradable, que como tal, anticipa el peligro y además pone en movimiento al principio de placer-displacer. Por medio de la angustia el yo influye en la moción pulsional del Ello. Se trata de lo que Freud llama "investidura tentativa". A través de esta investidura es que el yo logra reconocer el peligro que detonará la angustia y que a su vez, pondrá en marcha al principio de placer-

displacer (Rosenberg, 2001). La represión motiva la aparición de la angustia del yo ante los procesos desarrollados del Ello.

La angustia por ser un estado afectivo desagradable pone en marcha el principio del placer (González Núñez y Rodríguez, 2002). Bajo este lineamiento, el yo influye sobre los procesos del Ello a través de la angustia como señal junto con el principio de placer y displacer.

Cuando Freud introduce la angustia la reconoce como un fenómeno inherente del ser humano y no propio de los neuróticos, de ahí que hace la diferenciación entre angustia neurótica y angustia real. La primera es provocada por las pulsiones y, la segunda la define en términos de un peligro real. La cataloga como una reacción frente a la percepción de un peligro exterior, racional y comprensible cuyo daño es previsto y donde la huida como reflejo es una manifestación de la pulsión de autoconservación.

Un peligro real es cualquier situación que provenga del ambiente y exponga a la persona a una amenaza de riesgo. Esta puede ser adquirida durante la vida o incluso innata por su percepción, como el miedo a la oscuridad o a la pérdida del objeto amado.

Ambos tipos de angustia pueden estar presentes en el mismo momento y situación.

Obviamente la producción de angustia queda a menester de las necesidades del yo. Se le atribuyen dos orígenes:

- 1) involuntaria, automática, justificada, siempre económica que se despierta al sustituirse una situación peligrosa análoga al nacimiento.

- 2) Provocada por el yo tan pronto como tal situación amenace para conseguir eludirlo, pues es vista como el peligro mismo y entonces escapa por medio de la enfermedad.

En el siguiente cuadro se presentan las principales diferencias entre las dos teorías de Freud sobre la angustia.

Primera teoría (1895-1900)	Segunda teoría (1926)
Es pulsional por la transformación de la libido. Económica.	Es tópica porque la sede de la angustia está en el yo. Funcional.
La represión produce angustia	La angustia produce la represión
Su fuente está en las pulsiones sexuales	El yo genera la angustia
El yo como representante de la autoconservación	El yo como regulador de los procesos anímicos entre las pulsiones y mundo exterior
Angustia Automática (angustia primaria)	Angustia como Señal de alarma (angustia secundaria)

b) Angustia y regresión

Si la persona ya vivió una situación de peligro, entonces es capaz de emitir una señal de alarma frente a éste para evitar que se convierta en traumático. Así, la angustia es una expectación del trauma, y por otro lado, una reproducción mitigada de la primera. Ambas en pro de la conservación.

La aportación de Freud al concepto de regresión es la de ser un elemento clave en la formación de las neurosis. La génesis de toda neurosis está en la

infancia, donde los síntomas son la consecuencia de situaciones vividas e impresiones que se consideran traumas etiológicos (causantes). La gestación de los traumas los remite alrededor de los cinco años, pero da una mayor importancia al periodo del crecimiento que va de los dos a los cuatro años. Los recuerdos e impresiones con el tiempo son olvidados, pero algunos de ellos son recordados de manera aislada como recuerdos encubridores. Estos son recuerdos triviales de la infancia que ocultan eventos de índole sexual. Las impresiones son de índole sexual, agresiva o perturbaciones al yo que son consideradas como ofensas hacia la propia persona (ofensas narcisistas).

La formación de los síntomas se puede esquematizar de la siguiente forma (Freud, 1937/1981): una vivencia lleva consigo una exigencia pulsional que es truncada por el yo, no deja que se satisfaga por la exigencia de la pulsión. O por ser considerada peligrosa. El yo al no permitir que la pulsión llegue a su fin, la reprime. De alguna manera el impulso es inhibido y su motivación olvidada junto con las percepciones y representaciones que le corresponden. Sin embargo, la potencia de la pulsión se conserva y con otra motivación se reaviva y nuevamente busca la satisfacción de forma sustitutiva expresándose como síntoma. El fenómeno de formación de síntomas se considera como el retorno de lo reprimido, es decir, un regreso a las antiguas formas de actuar. El punto sobresaliente es que el contenido real está deformado por su retorno. "Todo miedo que encubra otro sentimiento es síntoma" (Abadi, 1993, p. 1102).

Una característica de los fenómenos neuróticos es la fijación al trauma y el impulso a la repetición. En el primero, el afecto vinculado a una situación pretérita, mientras que en el segundo se recurre a dicha situación para revivirla mediante una relación análoga con otra persona. Se repite aunque el origen ha sido olvidado. En estos fenómenos la regresión aparece como el movimiento que lleva al individuo hacia atrás ya sea a revivir un afecto hacia determinado objeto o situación, o bien, a reaccionar con un modo de respuesta frente a determinada situación que supuestamente ya había superado. Otra posibilidad es que el evento

no se recuerde ni se repita, es decir, se evita y llega a culminar en síntomas como la fobia o en las inhibiciones. El síntoma y las restricciones del yo son fenómenos de índole compulsiva, adaptadas a las exigencias entre el mundo real e interior.

Para que se desarrolle la angustia primero tiene que existir una predisposición hacia algo: un objeto, una situación, un pensamiento, etc. Luego, se presenta algo que se conecta inconscientemente al "conflicto patógeno básico" con lo cual el yo falla en su advertencia de peligro, no produce la señal de alarma y es cuando se instaura la primera fijación entre la predisposición a la angustia y el motivo que dio lugar al primer ataque. Lo temido queda ligado, de manera secundaria, a la angustia difusa primaria pero ahora con un contenido específico.

La angustia es la consecuencia de la falta de inhibición hacia los impulsos sexuales o de rabia, enojo y agresión, lo cual resulta en una respuesta inapropiada al peligro. El motivo es inconsciente y está oculto porque el afecto de ese momento está desplazado a otra situación ya vivida. La angustia es la reminiscencia del temor a la primera situación (Fenichel, 1973/1991).

La falta de madurez del niño lo hace más vulnerable a situaciones que en un desarrollo posterior no asumiría de riesgosas. Esto nos habla de una inmadurez tanto física como psíquica donde el yo aún no ejerce su dominio sobre el Ello. Sin embargo, esta vulnerabilidad lo hace sentir desvalido respecto a sus propias pulsiones y el mundo externo, lo cual lo hace susceptible de adquirir los temores con más facilidad pues no está preparado a enfrentarlos por su corto desarrollo. Las experiencias de desvalidez en la infancia serán de las que deriven los temores o angustias en el adulto.

c) Angustia y pulsión de muerte

Para Freud tanto la angustia real como la neurótica pueden estar presentes en la misma situación. El peligro puede ser real pero con una respuesta exagerada, de tal manera, que tendríamos un elemento neurótico ya incluido. Pero si tenemos un elemento neurótico, entonces la respuesta hay que buscarla ya no en el peligro real como fuente de la angustia sino en otro plano, en el inconsciente.

La angustia real, como comenta Freud en 1926, trae consigo un conflicto porque cuando la angustia surge en el neurótico, éste por su percepción la vive como real en función de su realidad. Finalmente la angustia es sentida como real en todas las personas neuróticas o no neuróticas. En 1920 Freud describe a la angustia como un estado de expectación hacia un peligro desconocido. A partir de esta idea, Laplanche (1980) apunta que esa definición tiene como fundamento la ausencia de un objeto, de modo que al tomar esta característica no habría necesidad de dividir a la angustia de tal forma. Por ello argumenta que lo más apropiado es no tomar el término real como adjetivo sino como sustantivado, esto es: angustia-real.

Desde esta perspectiva, la interpretación de angustia-real sería en primera instancia aquella que al percibir el peligro de una manera racional hay una preparación para recibirlo y también un reflejo de huida como manera de conservación. En segunda instancia es la reacción, la cual para ser realista y *ad hoc* sería una reacción adaptada como la huida. Todo esto aplica si la angustia fungiera como señal y desatara las reacciones mencionadas. Más si la angustia ya no es señal y, por el contrario, creció, entonces la angustia-real excede su objetivo.

Son dos las características de la angustia-real, por un lado, es una acción protectora que viene a ser la preparación para recibir el peligro con una sensación

de angustia reducida; y por el otro, el desarrollo de la angustia propiamente dicho, como aspecto irracional que por su acción se intensifica y desemboca en el ataque de angustia.

Con esta argumentación tenemos que toda angustia real está sustentada, desde el momento en que se desarrolla, en una angustia neurótica.

Laplanche (1980) propone descomponer la angustia en dos partes desde un punto de vista conceptual, por un lado con el espanto y por la otra con el temor.

Angustia-espanto. El espanto es la situación que se manifiesta como factor sorpresa en la que toma a la persona desprevenida y por presentarse sin previo aviso no es simbolizada. Por la reacción que produce es un signo de victoria del factor económico porque se descarga la tensión. Claro que un espanto puede devenir en traumatismo.

Angustia-temor. Es la relación directa con el objeto y los peligros que éste implica. A diferencia de la angustia en la que hay una indeterminación del peligro. La angustia recae y hace abstracción del objeto.

El yo como instancia encargada de proteger el aparato psíquico emite una señal de alarma ante el peligro (interno o externo), o bien, se prepara ante él. Esta señal producida por el yo puede ser puesta en movimiento en relación con otras experiencias angustiantes que ella repite. La pregunta sería ¿cuál sería ese peligro causante para que el yo ponga en marcha a la angustia? o ¿a qué le teme el yo?

El yo aprende a mediar los intereses del Ello y el mundo exterior. En este esfuerzo el yo adopta una conducta defensiva hacia las demandas del Ello pues las considera como peligros externos porque estas demandas lo pondrían en conflicto con el mundo externo. El yo lleva la lucha desde fuera hacia adentro para dominar el peligro interno antes de que se vuelva peligro externo, siempre y cuando este peligro tenga un significado para el yo, es decir, que el yo lo relacione

con un peligro contemporáneo que surge directamente de la pulsión de muerte y dirigido hacia el propio yo, en especial, con una situación de desamparo ya vivida. Ante esta situación, el yo puede utilizar diferentes métodos con el fin de evitar el peligro, la ansiedad y el displacer (Freud, 1937/1981).

La angustia en las neurosis tiene que ver básicamente con la manera en que el yo se defiende usando la reacción angustiosa contra un peligro pulsional y contra un peligro exterior, recayendo dicha acción en la neurosis por la falta de manejo del aparato anímico.

La manera en que el yo reacciona a la actividad pulsional habla también del temor que siente como estructura por sí mismo, de ser fragmentada por la pulsión temida, en tal situación sólo podría tratarse de la pulsión de muerte, quien además obstaculiza el funcionamiento del yo (Rosenberg, 2001). La angustia se presenta ante el peligro de la propia agresión, tiene su fundamento en que las pulsiones pueden volcarse sobre sí mismo y destruirlo o, incluso, destruir a un objeto, por lo que el yo ante la amenaza reacciona con la angustia

Una vez que Freud instaura al yo como regente de la angustia, también comenta que éste se ve amenazado por tres tipos de angustia: al mundo externo, a la libido del yo y al rigor del superyó. Estas angustias se diferencian por sus fuentes pero todas tienen la función de desempeñarse como señal de alarma.

La angustia que se desarrolla por el miedo al rigor del superyó también se le conoce como angustia moral. Ésta es vivida por la percepción de un peligro cuyo origen proviene de la conciencia moral, el cual es sentido por la persona como un sentimiento de culpa o de vergüenza. Este tipo de angustia está enlazada con los principios sociales y educativos, pero si éstos se transgreden la angustia se desarrolla como un temor hacia las figuras parentales por ser los representantes sociales en el núcleo familiar. Es un miedo objetivo pero con un conflicto intrapsíquico.

El miedo al castigo como sanción de una transgresión se deriva de la amenaza del superyó a un yo infractor, esta tensión entre las dos instancias se expresa en la melancolía. La causa del sentimiento de culpa no es otra cosa que la angustia frente a la amenaza de recibir un castigo. La culpa se presenta por la amenaza sufrida (Abadi, 1993).

La angustia neurótica tiene su fuente en el Ello, en las pulsiones. En este tipo de angustia neurótica encontramos tres representantes: la aprensión, la fobia y el pánico. En la aprensión, el yo teme que el Ello lo domine y no lo permita salvaguardar al aparato psíquico, por lo que el yo se encuentra con un temor flotante de que ocurra algo terrible.

En la fobia, el miedo y actitud hacia un objeto o situación provoca una respuesta exacerbada en comparación con la peligrosidad de dicha situación u objeto.

La tercera forma de angustia neurótica es el pánico. Se presenta cuando el Ello asume el control y se libera de su presión. Al finalizar la descarga la persona queda en un estado de confusión por realizar una situación que consideraba penosa.

Para Klein (1948/1988), el trabajo del instinto de muerte es la causa principal de la ansiedad, sobre todo por el temor que emana del instinto de muerte de aniquilar a los objetos buenos introyectados, especialmente los de las figuras parentales. El temor a la muerte se representa en la castración. Por otra parte, Klein también toma como base el nacimiento como representante de la ansiedad más no como lo expone Rank, sino como la primera pugna que el bebé enfrenta entre sus instintos de vida y muerte. El temor a la actividad del instinto de muerte sea interno o sea externo, será una constante en la vida de la persona y cualquier situación sentida como amenazante en el exterior se verá ligada con la interior.

Externalizar la situación interna de peligro será la manera en que el yo se defiende contra la ansiedad.

A la división que Freud hace de la angustia, ella prefiere denominarlas ansiedad neurótica y ansiedad objetiva. La primera como consecuencia de un peligro interno primario y la segunda como un peligro que amenaza desde el exterior.

Para Rosenberg (2001) la angustia es producto del yo frente a un peligro, pero donde el peligro y la producción de angustia tienen fuentes pulsionales. Una de las dos teorías de Freud sobre la angustia y propone una visión alterna. Lo que puede ser es que ante un peligro emanado de la pulsión de muerte, el yo se defiende con la angustia por su incapacidad de manejarla y también como medida preventiva al dar la señal de alarma. Ahora, si tomamos en cuenta que las pulsiones son complementarias en la estructura de la personalidad, entonces la pulsión de vida tendría que estar presente de alguna manera. Para él, "la angustia es el mediador de las pulsiones, puesto que es sensible al peligro que emana de una pulsión al mismo tiempo que moviliza a la otra para que le responda" (Rosenberg, 2001, p. 52). Si la pulsión de vida es quien busca el lazo entre ambas pulsiones y por ella se mantienen unidas, entonces la angustia funge un papel indispensable en la moción pulsional, ya sea para externar a la pulsión de muerte o, para intrincarla nuevamente en el interior. En otras palabras, la angustia está al servicio de la conservación del aparato psíquico, esto es, de la pulsión de vida.

Para Horney (1951/1990) la hostilidad y la represión tienen un lazo estrecho en la génesis de toda neurosis, por ende, también en la generación de angustia. La hostilidad es reprimida por la falta de aceptación en la sociedad y por su referente con la agresión. Para Horney, los impulsos hostiles son el fundamento para que la angustia se presente porque van contra los intereses de la persona; no

descarta a los impulsos sexuales como causantes de la angustia, asegura que de ser así, es debido a un vínculo que tienen con los hostiles.

En la angustia hay dos factores que están presentes: un peligro abrumador y la indefensión frente al mismo. La angustia se desata ante la naturaleza del peligro interno, independientemente de si éste es percibido en el interior o en el exterior de la persona, pues puede dirigirse a otra persona o bien, contra sí mismo. La relación entre hostilidad y angustia es indisoluble dice Horney (1951/1990). Así como los impulsos hostiles son causantes de la angustia, también ésta puede generar hostilidad. En este caso, la aparición de la angustia como señal de peligro puede desencadenar una reacción hostil como medida defensiva, que a su vez sea reprimida, provocando un círculo vicioso.

Horney retoma las posturas de Freud de la angustia y formula una diferente: "la angustia no resulta del temor a nuestros impulsos, sino más bien del temor a nuestros impulsos reprimidos" (Horney, 1951/1990, p. 66).

La falta de inhibición de los impulsos reprimidos sexuales, de rabia, enojo o agresión, producen la angustia (Fenichel, 1973/1991). El temor productor de la angustia puede ser un impulso reprimido, el castigo por tal impulso, o ambos. Es común, que se proyecte el impulso interno peligroso en un objeto exterior, pues son más fáciles de evitar si están fuera de la persona en lugar de convivir con ellos todo el tiempo. Así, el peligro se percibe fuera pero el temor sigue siendo el interno, un castigo que va directamente contra el individuo y que además tiene una asociación con el miedo a la muerte.

El yo es productor de la angustia como medida de seguridad a su integridad, pues el Ello no es capaz de reconocer el miedo ni los peligros que puede ocasionar en la seguridad del aparato psíquico. El yo va a defender su existencia contra peligros que provienen del exterior que amenazan con

aniquilarlo, al igual que contra las exigencias pulsionales del mundo interior (Freud, 1940/1981).

IV. REGRESIÓN

a) Definición

Breuer (citado en Balint, 1979) en su capítulo teórico sobre *La histeria* hace la primera alusión al concepto de regresión para designar los conceptos psicológicos de la alucinación. En esta época Freud colaboró con Breuer pero fue hasta cinco años después en *La interpretación de los sueños* (1900/1981) que introduce el concepto de regresión para explicar el aspecto alucinatorio de los sueños y su diferencia con el recuerdo. Comenta que en todo sueño se hacen presentes elementos externos, ya sea por sucesos recientes o lejanos en tiempo, ideas o pensamientos que se representan en la vida del durmiente como imágenes sensoriales, y con el paso de los años y experiencias, estas imágenes pueden ser más complejas al igual que su significado. Aquí se puede encontrar una de las características esenciales del inconsciente, su atemporalidad, es decir, que en el inconsciente no hay pasado ni futuro, todo es presente, y dado que una de las principales expresiones del inconsciente es a través del sueño, es aquí donde se combinan estos pensamientos, ideas, vivencias y percepciones que se llegan a vivir como presentes en el sueño y dan una expresión alucinatoria en él.

Ahora bien, Freud (González Núñez y Simo, 1995) suponía que en los procesos de la *psique* adulta había una dirección "progresiva" que iniciaba cuando al percibir un estímulo (interno o externo), éste se dirigía al pensamiento y luego se volvía una acción con objeto de reducir la tensión causada por el estímulo. Pero como la persona se encuentra durmiendo la acción no se concreta y entonces se produce un movimiento hacia atrás, es decir, un movimiento "retrogresivo" o "regresivo". "Si la dirección seguida en la vigilia por el procedimiento psíquico que parte de lo inconsciente, le damos el nombre de dirección progresiva, podemos decir que el sueño posee un carácter regresivo" (Freud, 1900/1981, p. 675). Él cataloga este fenómeno como uno de los procesos más importantes del proceso

onírico o del sueño, pero no por ello lo hace exclusivo de él, pues durante la vigilia se puede tener acceso a eventos del pasado a través de la memoria (huellas mnémicas). De aquí ya se desprende la definición de regresión como un movimiento hacia atrás.

Aunque Freud no fue el creador del concepto de regresión como tal, sí recibe todo el mérito en cuanto a las implicaciones de éste dentro de la teoría psicoanalítica por ser considerado un factor importante en la etiología de las neurosis, psicosis, perversiones, etc. A pesar de que su origen surge para explicar el aspecto alucinatorio de los sueños, su importancia está centrada en su influencia dentro de la dinámica de la personalidad, el aspecto adaptativo y patológico, así como en la manifestación en el análisis.

La instancia psíquica responsable de regular la regresión es el yo y entre sus varias funciones, la más característica es la de mediar las pulsiones del Ello, propiamente el inconsciente y, el superyó, a quien se le atribuyen las normas impuestas por la sociedad. Evolutivamente, durante los primeros meses de vida del niño el Ello es el responsable de su conducta, sus emociones y pulsiones se expresan abiertamente sin ningún juicio de por medio y espera que sus necesidades sean provistas lo más pronto posible, por lo cual, se considera que en esta etapa la conducta del niño obedece al proceso primario de pensamiento, basado en el principio del placer. Sin embargo esta situación cambia ante la aparición y consolidación del yo, pues empieza a poner trabas y a postergar la satisfacción de las pulsiones; a estas alturas, el crecimiento del niño así como otros procesos de pensamiento empiezan a hacerse notar en su conducta. Freud explica que "el yo es parte del Ello, el cual ha sido modificado por la influencia directa del mundo externo por medio de la percepción consciente" (citado en Cueli, 1972/1994, p. 44) y, está regido por el principio de realidad. Ahora el yo busca métodos de satisfacción de las necesidades pulsionales para que sean aceptadas en el exterior. La tercera estructura psíquica que aparece es el superyó, con la cual el seguir o no las normas sociales proporcionadas por los padres,

forman parte de la estructura de personalidad. Entonces, el yo se encuentra en una situación complicada que le provoca angustia, siendo ésta la causante de que actúe para evitar el peligro ya sea que provenga del exterior o interior de la persona. El yo se puede valer de diferentes mecanismos (métodos) de defensa para disminuir esta angustia y alejar el peligro, aunque sea por un tiempo, para lo cual puede hacer uso de la regresión y así, reestablecer el equilibrio que había antes de presentarse la angustia.

Así, el yo, como regulador de la regresión, hace uso de este fenómeno para fines de defensa. Las pulsiones tienen como fin la satisfacción. Greenson (1976) y Fennichel (1973/1991) explican a este respecto, que con mucha frecuencia se pone en marcha la regresión por una frustración de las pulsiones, es decir, que ha sido bloqueada su satisfacción y tienden a buscarla de otra forma y la salida es en una dirección retrógrada. Pero también la regresión va más allá de tener una función defensiva, pues al estar al servicio del yo (Hartman, 1969), la expresión de las pulsiones es regulada por medio de la regresión en el sueño, el chiste y en algunas actividades artísticas o creadoras donde es un requisito previo para el logro. Para que sea así, "el yo se dirige al Ello y pone en marcha el proceso primario para reestablecer su fuerza y su capacidad creativa" (Etchegoyen, 1986, p. 516).

La frustración es, principalmente, la que va a dar origen a la regresión, ocasionando que la persona reaccione como lo hacía en etapas anteriores del desarrollo, utilizando una actitud que entonces le servía para disminuir la angustia y le era muy adaptativa (González Núñez y Rodríguez, 2002). Este movimiento hacia atrás le ayuda a controlar la angustia con elementos que ya le fueron útiles en el pasado, ya sea para relacionarse con otras personas, para manejar una pérdida, o incluso, para enfrentarse a situaciones que le son agresivas. La intensidad con que se presente la regresión depende de la relación entre dos factores, por un lado, el grado de vacilación con que la persona acepta la nueva forma de satisfacer sus necesidades y demandas, es decir, si la persona no se

siente capaz de manejar determinada situación en el presente, entonces, se produce el movimiento hacia atrás para adaptarse a la realidad externa; y el otro factor es el grado de fijación (ligazón entre la pulsión y un objeto que impide el avance progresivo) a las etapas anteriores de su vida y antiguas formas de actuar. En última instancia, la regresión es un paso de la vida a la muerte.

Para Klein (en Heimann e Isaacs, 1952/1975), el niño con pocos meses de edad vive mucha ansiedad por las sensaciones de odio y agresión que surgen en la fantasía a partir de la aparición de los dientes (fase canibalística), con los cuales puede morder y destruir a su objeto. El aspecto defensivo de la regresión para Klein, implica que al retornar a ciertos puntos del desarrollo se revivan inconscientemente esas sensaciones displacenteras, y entonces las combate nuevamente pero en la fantasía. Esta autora propone dos posiciones del desarrollo a las que denomina esquizo-paranoide y depresiva, las cuales constituyen modos de relación con los objetos, por lo que una persona puede proceder de acuerdo a las características de una fase sin excluir que, en algún momento, lo haga con las de la otra. Esto quiere decir que en la cotidianidad, la persona vive regresiones y movimientos de una fase a otra en la relación con el mundo circundante.

Cuando el yo de la persona hace uso de la regresión, lo hace hacia etapas del desarrollo que supuestamente ya fueron superadas, sin embargo, aún pueden existir conexiones o ligas (fijaciones) que en determinado momento promueven que la persona recurra a ellas nuevamente, las cuales evitan el curso progresivo del desarrollo. Por ello, Freud (1917/1981) considera a la regresión un elemento peligroso en el desarrollo de la patología en general. En el caso de la histeria su organización libidinal retrocede a una fase primaria de organización sexual; mientras que en la neurosis obsesiva, la aparición de síntomas es regulado por la regresión de la libido a la etapa sádico-anal. Abraham (1924/1980) añade una subdivisión de esta etapa en dos periodos: en el más temprano, las pulsiones tienden a destruir y perder el objeto y, en el tardío a conservarlo y controlarlo, por

lo que el movimiento de un periodo a otro implica un movimiento regresivo. Sin embargo, reaccionan violentamente cuando creen perder a su objeto de amor, combatiendo a las emociones hostiles dirigidas hacia su objeto. En la neurosis obsesiva se produce la regresión con el fin de afianzar al objeto y no perderlo. Por otra parte, Abraham también dedica esta investigación a la melancolía donde encuentra manifestaciones de regresiones orales profundas motivadas por una frustración en el presente y asociada automáticamente con la primera experiencia donde perdió o creyó perder al objeto, desatando la decepción y la falta de interés en el mundo exterior. Con el movimiento hacia atrás se pierde la conexión con el objeto. Freud (1926/1981) al hacer una mirada retrospectiva observa el efecto dañino de la regresión especialmente en dos de sus casos (Juanito y Hombre de los lobos) y encuentra que en ambos, se produce una regresión a la etapa oral que se manifiesta por el miedo de ser devorado por su objeto, en este caso el padre.

En el psicoanálisis, el pasado en general es muy importante especialmente en el ámbito terapéutico donde la historia del desarrollo del individuo cobra relevancia para el entendimiento y descubrimiento de la formación de síntomas, la dinámica de la personalidad, la manera de percibir y reaccionar ante el entorno que lo rodea, etc. De antemano, cuando una persona decide entrar al análisis, está sufriendo una regresión (Menninger y Holzman, 1973) y las seguirá presentando durante el curso del tratamiento porque se requiere de esa mirada retrospectiva para entender el presente de la persona. Es necesario dar unos pasos hacia atrás para poder pasar de la regresión a la progresión. Etchegoyen (1986) por su parte, atribuye la regresión del proceso psicoanalítico al propio paciente, como la manifestación de su enfermedad, y el encuadre (ámbito de la consulta), implica el descubrirla y contenerla. Uno de los fenómenos regresivos que se presenta en el análisis es la compulsión a la repetición, que es el acto de realizar los mismos actos y/o actitudes con objeto de reducir la angustia. Este evento es normal en un niño pequeño cuando pide que se le lea y relea una historia o ver una y otra vez la misma película, o repetir una acción

constantemente. Pero dentro del tratamiento, Freud (1914/1981) dice que el paciente revive situaciones durante el análisis sin darse cuenta de que las repite, las repite para no recordar, de manera inconsciente. Al presentarse en un adulto, habla de una necesidad por encontrar el placer que se originó en la infancia, aunque, también se puede reproducir displacer cuando se reprime un recuerdo que causó ansiedad.

Otra expresión de la regresión es aquella como parte de la transferencia, especialmente al servicio de la resistencia (Balint, 1979). Esta forma de regresión es especialmente notoria en la relación con el terapeuta, porque éste último se topa con los sentimientos que el paciente tiene sobre él y a través de los cuales vuelve a adoptar, el mismo tipo de conducta que con anterioridad se mostró ante los padres, a objeto de lograr el perdón o el castigo, pero ahora a través del analista (Fenichel, 1973/1991). El pasado es imperecedero y además de persistir puede volver a instaurarse (Ramírez, 1977/2000). Este pasado lo encontramos en los sueños, donde se expresan fantasías, deseos, pulsiones y vivencias a través de su simbología. Por ello tanto los sueños como la asociación libre son elementos fundamentales para acceder al inconsciente y para la obtención de información sobre la niñez del paciente. Estos medios de acceder al inconsciente, fueron los sustitutos del método catártico. Este método es bautizado así por Breuer para hacer consciente lo inconsciente a través de la hipnosis.

El paciente, además, puede hacer uso de la regresión como defensa para evitar avanzar en su tratamiento (Menninger y Holzman, 1973). Así, la regresión puede ayudar o evitar el progreso en el análisis.

En general, cuando se presenta la regresión no quiere decir que toda la personalidad del individuo regrese a cierta etapa de su vida, por el contrario, sólo lo hará en ciertos aspectos y sólo con el fin de manejar o hacer frente y de la mejor manera, a la situación que se le ha presentado o a sus impulsos pulsionales que, por alguna razón, en ese momento desean su pronta satisfacción.

Pero también, una persona que se encuentre bien adaptada y no padezca de alguna patología, llega a tener regresiones para reducir o evitar la angustia, esto se encuentra, por ejemplo en personas que fuman, comen, beben y hablan mucho. De alguna forma toda enfermedad mental involucra cierto grado y cierta forma de regresión de la libido a puntos de fijación tempranos (Klein, 1958/1988).

La regresión es algo que le pasa al yo, incluyendo también a funciones que le competen tales como el autoconcepto, la fantasía, la imagen de sí mismo, sistemas perceptivos, representación de objetos, etc. Es posible observar que la regresión es un concepto en el que no sólo intervienen muchos factores sino que puede ser visto desde distintas perspectivas: patológico, adaptativo, de defensa, histórico (por la historicidad de la respuesta) y en el tratamiento analítico.

Como se ha visto, la regresión forma parte de nuestras vidas y, puede ser útil en ciertos aspectos o situaciones, ya sea fuera o dentro de un consultorio. Pero, también puede existir regresiones patológicas, las cuales pueden ser puestas en acción por la motivación de huir del peligro y el dolor. La regresión no sólo forma parte de la vida de las personas, se puede presentar en cualquier momento y en cualquier situación, los desengaños y peligros muy intensos y súbitos pueden provocar regresiones incluso en individuos en los que no existen fijaciones intensas.

En 1914, Freud añade en la tercera edición de *La interpretación de los sueños* (1900/1981) otros aspectos de la regresión, y la divide en tres:

a) tópica, b) formal y c) temporal.

a) Regresión Tópica

Cuando se habla del concepto tópico, se refiere a una teoría de los lugares.

De acuerdo a esto, la *regresión tónica* se presenta específicamente en el aparato psíquico, es decir, va en función del esquema (Consciente, Preconsciente e Inconsciente; o Ello, yo y superyó); implica una regresión hacia lo más inconsciente y zonas tempranas del desarrollo. Para Freud la mejor manera de acceder al inconsciente es a través del sueño, por lo que esta regresión se manifiesta especialmente en él, reviviendo eventos relativos a la infancia del durmiente junto con sus pulsiones y manifestaciones. Para Gill (citado en Greenson, 1976) la transformación de pensamientos en imágenes conectados con recuerdos reprimidos o inconscientes, concierne también a este tipo de regresión, porque la estructura perceptiva del yo se ve afectada, implicando el paso del proceso secundario al primario, es decir, en donde las funciones del Ello predominan sobre las del yo (Greenson, 1976). De la misma manera, Fenichel (1973/1991) coloca aquí el movimiento hacia el narcisismo primario, o a un periodo en el que aún no existía una diferenciación entre el Ello y el yo.

En esencia, la regresión tónica es un movimiento en donde los contenidos conscientes regresan ya sea al preconsciente o al inconsciente.

Las alucinaciones de la histeria y paranoia son elementos patológicos relacionados con esta regresión. Pero también en procesos normales como en la memoria se puede presentar esta regresión pero sin ir tan lejos (Laplanche y Pontalis, 1967/1996).

b) Regresión formal

La *regresión formal* implica que los modos habituales de comportamiento y de expresión son reemplazados por modos más primitivos de actuar, como la regresión de formas adultas a formas infantiles de comportamiento. Se reproduce un acontecimiento significativo del pasado en lo actual pero deformado, por lo que

el sujeto no cae en la cuenta de su procedencia. En otras palabras, es un retorno de lo actuado.

Esta reproducción de comportamientos está relacionada con la compulsión a la repetición, la cual se asocia generalmente con aquellas situaciones conflictivas reprimidas, que no se recuerdan pero surgen en la relación con otros. Por otro lado, la repetición de síntomas es la representación de una situación del pasado que, ante la incapacidad de solución, continúa presentándose como una antigua forma de enfrentar una determinada situación pero en el presente.

Las emociones vividas en la infancia pueden aparecer en el presente y ser trascendentales en decisiones de la persona, o influir determinantemente en su vida; tal es el caso del tipo de lazos o modos de relación que el niño establece con otras personas. Este modo de interactuar será un prototipo de futuros vínculos.

La regresión formal es un concepto poco utilizado por Freud, aun cuando numerosos fenómenos en los que existe un retorno del proceso secundario al proceso primario, podrían clasificarse bajo esta denominación (Laplanche y Pontalis, 1967/1996).

Tanto la regresión tónica como la formal constan de ser movimientos de la libido hacia las primeras etapas del desarrollo.

La regresión al servicio del yo entra en el rubro de formal porque el yo regresa al proceso primario y eventualmente es tónica si pasa de los sistemas Consciente y Preconsciente al sistema Inconsciente.

c) Regresión temporal

Con tan solo quererlo, cualquier persona puede experimentar una regresión

temporal a partir de pensamientos conscientes que la trasladen a situaciones pasadas. Esto sería mediante los recuerdos y fantasías, o bien, al imaginar que se vuelve a la niñez y se experimentan o reviven algunos placeres o dolores de situaciones ocurridas hace mucho.

El recuerdo es una manera simple y común de resurgir el pasado, es provocado por una imagen mental que evoca algún momento del pasado; predominan las imágenes, pero también se encuentran olores, sonidos, sensaciones, sentimientos que en un momento llevan a la persona a un lugar o situación del pasado, de su historia, o mejor dicho, traen ese pasado al tiempo actual; sin embargo, lo que viene a la mente no es el pasado en sí, sino un esbozo de aquel, de una realidad pasada; es un retorno a la conciencia de ese pasado, "por eso nuestro pasado no es jamás puro, sino que es el fruto ilusorio de una incesante reconstrucción" (Nasio, 1998-1999, p. 182), pues si se piensa en un lugar del pasado y se regresa a él, se encuentra que éste no es tan grande o espacioso de como se recordaba, o bien, que una persona no es tan alta como entonces se creía.

Dentro de la situación psicoanalítica, este aspecto de la regresión es específicamente provechoso porque requiere de esa mirada hacia el pasado que el paciente va proporcionando a través de sus recuerdos en el transcurso de las sesiones, y por decirlo de alguna manera, en esos momentos, el yo de la realidad presente es desplazado por el yo de hace doce o veinte años.

En la regresión temporal, Freud (Laplanche y Pontalis, 1967/1996) distingue las diferencias genéticas, una regresión en cuanto al objeto, una regresión en cuanto a la fase libidinal y una regresión en la evolución del yo. Implica una regresión hacia formas o conductas psíquicas anteriores o más antiguas, según el desarrollo.

Para Freud estas tres formas de regresión son, en su fundamento, una sola y, en la mayoría de los casos se unen, ya que lo más antiguo en el tiempo es también primitivo en su forma y, en la tónica psíquica, se sitúa más cerca de la percepción (Freud, 1900/1981).

En función a estas ideas, también se puede agregar una regresión según el desarrollo, esto es, vivir una regresión de un estadio a otro, por ejemplo, de la etapa fálica del desarrollo a la etapa oral; en Klein, por ejemplo, sería una regresión de la posición depresiva a la esquizo-paranoide. Finalmente para esta autora, la persona puede relacionarse indistintamente con los objetos ya sea con las características de una posición u otra, lo cual sólo es posible con la regresión.

V. FIJACIÓN

a) Definición

El concepto de fijación es muy común encontrarlo en distintos momentos de la evolución del pensamiento freudiano y se refiere a él como un elemento clave de la etiología de la neurosis del sujeto. Aparece en distintos textos y lo toma como referencia para explicar que todo ser humano permanece ligado en forma más o menos disfrazada a modos de satisfacción, tipos de objeto o de relaciones arcaicas (Laplanche y Pontalis, 1967/1996).

Conforme un niño va creciendo, sus pulsiones también van evolucionando por las etapas del desarrollo (oral, anal, fálica y genital). Cada una de ellas tiene una zona erógena característica a través de la cual le permite al niño ir conociendo su entorno e interactuar con él y así, también se va conociendo a sí mismo. Estas etapas se van a presentar en cierto orden, pero no implica que al finalizar una, no exista presencia de la anterior. Estar en una etapa implica que las características propias de la etapa son las predominantes en ese momento. Durante el curso de la pulsión por las distintas fases del desarrollo, la energía se puede quedar estancada en ciertos objetos, zonas corporales o modos de respuesta primitivos. Este estancamiento es el que se conoce como fijación, y es probable que en un periodo posterior la parte de la libido que había progresado hacia un desarrollo más maduro, regrese a ese punto de fijación y reviva la organización libidinal que ya había superado o se había abandonado. Entonces, la fijación es un obstáculo en el desarrollo progresivo de la pulsión al quedar ligada a un objeto (externo o del propio cuerpo) y mantener el mismo tipo de relación con él de acuerdo a las características de un determinado estadio.

La fijación es, hasta cierto punto normal, porque todo individuo tiene puntos o áreas de fijación (Menninger y Holzman, 1973). Pero, por otro lado, detener el movimiento pulsional también puede ser un factor importante en la incapacidad del sujeto para la sublimación de sus necesidades pulsionales, pues este mecanismo implica renunciar a modos de gratificación que supuestamente fueron superados.

b) Diferencias entre fijación y regresión

La frustración es un elemento importante en la interacción de la regresión y la fijación, por lo que Freud (1917/1981) la considera uno de los detonantes en el conflicto neurótico, diciendo que la predisposición a la neurosis la constituye la fijación (factor interno), mientras que la frustración sería el factor accidental (externo). De esta manera, las circunstancias externas intervienen dentro de la dinámica de la personalidad, ya sea por las representaciones que se hacen de ellas, o bien, por el efecto traumático que pueden llegar a constituir para la persona. Los traumas son eventos con un alto contenido de temor y angustia asociados. Para que se les consideren traumas se requieren condiciones tanto provenientes del entorno de la persona, así como la susceptibilidad del individuo para enfrentar y manejar la situación y sus propias características constitucionales, en donde haya una mayor fuerza o empuje de ciertas pulsiones parciales sobre las otras. Algunos eventos pueden ocasionar un trauma en las personas desde temprana edad, tal como Freud lo vio en algunos de sus casos de histeria, donde el trauma tenía su principal origen en el interior de la persona, en su fantasía y en pensamientos generalmente relacionados con la sexualidad que por su contenido eran fuertemente reprimidos y a partir de estas asociaciones el evento traumático se consumaba. Otro de los factores que puede dar lugar al trauma es la constante repetición de una situación, promoviendo la desorganización en el yo, por ejemplo el miedo al abandono, el temor de no ser amado, miedo a la castración, etc. (González Núñez y Simo, 1995).

La fijación y la regresión son conceptos que van de la mano, están interrelacionados. Ambos son factores importantes en el origen de la neurosis, uno es un elemento del desarrollo y el otro tiene un carácter defensivo. Pero su presencia como tal no implica la existencia de una neurosis, para ello se requieren otros elementos como el de la frustración. Entonces, cuando se produce la regresión, suele ser hacia un objeto o modo de gratificación al cual el individuo ya está fijado. Si un placer nuevo resulta insatisfactorio y se abandona, el individuo tiende naturalmente a volverse a aquel que ya ha sido probado y aceptado. Si las fijaciones son muy importantes entonces se requerirá de poca frustración para que se lleve a cabo un proceso regresivo, y a la inversa, si las fijaciones no son tan relevantes pues será necesario una fuerte cantidad de frustración para llegar a esos puntos, áreas o zonas de fijación (Menninger y Holzman, 1973).

"Se puede entender mejor la relación entre fijación y regresión recurriendo a la analogía con un ejército que trata de avanzar por tierra enemiga. Dejará el mayor número de tropas de ocupación en aquellos lugares donde haya tenido mayores dificultades o la mayor seguridad y satisfacción. Pero al hacerlo, el ejército que avanza se debilita y si hallare, dificultades en su camino, volverá a los lugares donde dejara los núcleos más fuertes de tropas de ocupación" (Greenson, 1976, p. 93).

De esta manera, la fijación impide el avance progresivo de la libido, inhibiendo el desarrollo del yo y limitando su capacidad de sublimación sobre todo porque para que esta última se presente, requiere un cierto grado de renuncia hacia objetos primarios y formas de satisfacción instintiva; los cambios regresivos para Klein (en Heimann e Isaacs, 1952/1975) por otra parte, comprometen la vida sexual, los afectos y la personalidad entera del sujeto.

Fenichel (1973/1991) y Greenson (1976) coinciden en que uno de los factores que promueve la formación de puntos de fijación en determinada etapa se debe al exceso de satisfacción de las pulsiones, de esta forma, también se puede evitar el avance hacia la próxima etapa por temor a que no sea tan gratificante como la que está viviendo. Esto quiere decir, que no se puede tener una conexión con algo desagradable, si fuera así no regresaría. En este caso, la regresión se pone en marcha por el dolor o peligros excesivos. Sin embargo Fenichel (1973/1991) menciona otros factores individuales que intervienen en la formación de fijaciones. Cuando una etapa no ha proporcionado suficiente gratificación se puede obstaculizar el avance del desarrollo para evitar frustraciones posteriores, reprimiendo las pulsiones e impidiendo su avance. Otro de los factores es el cambio brusco de satisfacciones excesivas a frustraciones excesivas; y, finalmente, la causa más común en la formación de fijaciones es cuando se forman por experiencias de satisfacción pulsional que implica el reaseguramiento frente a la ansiedad o impulsos temidos.

Klein (en Heimann e Isaacs, 1952/1975) por su parte, le da mucho valor a la agresión como factor precipitante de las fijaciones: "Son los impulsos destructivos del niño, en las fases oral y anal, los que por la ansiedad que provocan constituyen las causas primeras de la fijación de la libido" (Heimann e Isaacs, 1952/1975, p.158), provocando que los puntos de fijación se creen como defensa contra la ansiedad. La ansiedad producida por las fantasías canibalísticas es uno de los factores más importantes y desencadenantes de las fijaciones orales.

Para Klein los puntos de fijación no sólo tienen una carga libidinal como para Freud, sino que contienen además una carga destructiva; y ambas, vuelven a actuar cuando, por la regresión, predominan las pulsiones y emociones de la fase anterior; así, cuando el yo se enfrenta a la libido estancada, se encuentra también con la tarea de dominar ansiedades e impulsos destructivos.

Según la teoría psicoanalítica (Abraham, 1924/1980), los puntos de fijación que se han formado en el curso del desarrollo de la libido, determinarán hasta qué nivel de organización avanzará la libido individual, y hacia qué nivel retrocederá en el caso de una afección neurótica. Las inhibiciones del desarrollo y los procesos regresivos, resultan siempre estar determinados por las primeras fijaciones en la esfera de la libido.

VI. PULSIÓN DE MUERTE Y REGRESIÓN

La pulsión de muerte en el proceso de la regresión

En el transcurso de este trabajo se han visto los conceptos de regresión y pulsión como elementos fundamentales en la estructura de personalidad. Las pulsiones están presentes en toda la dinámica psíquica y por ello, en algún momento Freud los considera primordiales en el funcionamiento del aparato anímico. La regresión por su parte, también se encuentra en distintas manifestaciones de conducta y al entrelazarse con los fines de las pulsiones, acentúa su expresión y repercusión en el individuo.

Freud, a lo largo de su obra, mantiene una visión progresiva en el desarrollo de la persona, de ahí que las etapas del desarrollo también sean de esta naturaleza, pero conforme se presenta este avance hay una serie de circunstancias internas que lo impiden y, más aún, lo regresan a conductas y modos de actuar que supuestamente ya había superado.

La regresión aparece en *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900/1981) como un movimiento que además de dar explicación en el aspecto alucinatorio de los sueños, también es un apoyo del que se vale Freud para introducir su primera tópica del funcionamiento psíquico compuesta por Consciente, Preconsciente e Inconsciente. Más adelante, Freud le atribuye un valor extra cuando lo considera un movimiento central en la etiología de neurosis, psicosis, enfermedades psicósomáticas, en otras palabras, este fenómeno va más allá de los sueños.

La pulsión de muerte, por otro lado, forma parte de la postura dual freudiana en general y, se le encuentra en pugna con Eros desde la temprana infancia. Las pulsiones están en el Ello y en su incesante anhelo de obtener su fin benefician o perjudican al individuo. A lo largo del desarrollo ambas fuerzas se hacen presentes

de una u otra forma en el transcurso de los estadios; generalmente están unidas, pero en ocasiones no es así. Eros tiene como propósito mantener uniones, de modo que también tiene en su haber la unión o fusión de las pulsiones. Para Klein (en Heimann, 1952/1975) si se presenta la defusión es porque la pulsión de muerte sobrepasa a la pulsión de vida, provoca la desunión y se expresa en conductas como la crueldad o el autosacrificio.

De principio parece que la pulsión de muerte y la regresión se asemejan, lo cual es cierto desde el momento en que ambos van hacia atrás, regresan a una situación del pasado desde el presente, es decir, detienen el movimiento progresivo yendo en sentido contrario. Sin embargo, la pulsión de muerte lo hace por el hecho de que su fin es alcanzar el estado previo de lo animado, mientras que la regresión no se mueve por sí sola —por decirlo de alguna manera—, está regulada por el yo. Cuando esta instancia psíquica no es capaz de enfrentar determinadas circunstancias que ponen en riesgo la estructura psíquica pondrá en movimiento la regresión como un medio de defensa.

La regresión es, entonces, una alternativa que el yo utiliza como mecanismo de defensa para los peligros que provienen del exterior como del interior del individuo. Cuando los peligros son externos el yo se retrae a manera de protección, pero si la procedencia de dichos peligros es interna, el movimiento hacia atrás como tal ya no es un escape en sí porque el peligro tiene su fuente en la propia persona, su origen es pulsional. En especial, la pulsión de muerte está asociada con los peligros internos que circundan al individuo, evita su avance progresivo y, más aún, interviene en dinámicas psíquicas que devienen en dolorosas.

La expresión de la pulsión de muerte se manifiesta en la agresividad a otro, en el narcisismo, las perversiones, la tendencia a accidentarse, el masoquismo, la melancolía, las enfermedades psicosomáticas, etc. sin embargo, no se le puede atribuir toda la responsabilidad a una sola de ellas, Eros también está inmerso en

estos fenómenos pero de una manera menos clara y con menos fuerza. De acuerdo a Klein "todas las actividades mentales y corporales, basadas como están en los instintos primarios, están destinadas a servir a dos amos, el instinto de vida y el de muerte" (en Heimann, 1952/1975, p. 287) Esta idea da la sugerencia que de una u otra manera la regresión se involucra con las pulsiones o viceversa, la pregunta siguiente sería ¿cómo? Freud da respuesta de ello a partir de las explicaciones sobre algunos fenómenos psíquicos donde interviene el dolor traducido en una variedad de síntomas y comportamiento que repercuten a la propia persona.

A partir de su formulación en 1920 Freud deja de pensar en el placer como el fin último del ser humano, pues a través de esta segunda tópica, las pulsiones también intervienen en el dolor. Cuando la pulsión de muerte opera va en contra de todo placer, lleva el dolor en sí. El dolor que porta la pulsión de muerte es producto de la amenaza sufrida por el yo libidinal originalmente, suscita el temor y la culpabilidad en esa estructura que, por su parte, desea vivir. El placer en el dolor aparece en el masoquismo, el cual se manifiesta en actos punitivos y de castigo dirigidos contra la propia persona. El individuo se siente merecedor de tal conducta porque hizo, pensó o fantaseó con algo que le corresponda ser tratado así, pese a que su vida pueda estar en riesgo. Si la pulsión de muerte busca satisfacerse, aquí lo hace a través del dolor que predomina sobre la pulsión de vida.

La regresión está vinculada con la fijación, la cual se consolida en diferentes momentos del desarrollo, ya sea por exceso o falta de satisfacción de las pulsiones en los distintos estadios por los que atraviesa la persona. Los puntos de fijación son puntos de liga donde la pulsión se ha detenido y a la cual regresará cuando las pulsiones no consigan llegar a su fin.

En la formación de síntomas, como en otros fenómenos de la dinámica psíquica, la regresión es el hilo conductor entre los eventos del presente con los

del pasado que pueden ser objetos, representaciones, ideas, pensamientos, fantasías. La asociación entre pasado y presente es inconsciente, por lo que el movimiento hacia un determinado punto de fijación será aquel donde la pulsión quedó ligada a una etapa del desarrollo. En otras palabras, la regresión lleva a la persona a modos de actuar o de desenvolverse propios de la estructura infantil. El movimiento hacia atrás puede ser de la etapa genital a la fálica, anal u oral (la regresión va de una fase superior en desarrollo a una anterior). Cuando esto sucede, características propias de estos estadios salen nuevamente a la luz en el presente, sin que la persona se percate de ello. En el capítulo dedicado a la angustia, Freud atribuye una serie de circunstancias que promueven la aparición de la angustia en el crecimiento del niño, de suerte que una situación presente que devenga en peligrosa se enlazará con la pasada, resurgiendo a su vez, la sensación de desvalidez que de pequeño vivía por la incapacidad de enfrentar las situaciones externas o sus demandas pulsionales. Con la relación asociativa entre situaciones y/o sensaciones, el síntoma se instaura.

En 1905, Freud introduce al objeto como característica de la pulsión, pues es a éste a quien utiliza para llegar a su fin. Este objeto puede ser una parte del cuerpo de la persona (objeto parcial) o bien, un objeto exterior. En 1914, en *Introducción al narcisismo*, afirma que el objeto puede ser la propia persona, de ahí que si la pulsión inviste al propio individuo también en él desembocan las pulsiones. Esto es, las pulsiones parten del Ello de la persona y regresan a ésta por ser ese el modo de relacionarse.

El narcisismo plasma la problemática del conflicto entre Eros y la pulsión de muerte, libido y destrucción, pero inmerso en todo ello está la muerte como centro fundamental, siempre presente a partir del mito mismo (Lichtmann, 1989). El Ello al ser fuente de destructividad también lo es de autodestructividad, de manera que del individuo se genera la pulsión de muerte que luego vuelca hacia sí. La persona narcisista puede establecer relación con otras personas, sólo que estas investiduras se desharán con facilidad por la frustración, desilusión o situación que

se perciba como riesgosa y atente contra el sujeto, desde su percepción. Bajo la concepción del principio del placer, Freud asemejó el narcisismo con la fase oral por ser aquella donde el niño, al vivir en el autoerotismo, percibe hostil y frustrante al medio ambiente. De este modo el yo del narcisista reacciona retrayéndose para defenderse de la hostilidad del exterior.

Desde otro ángulo, Green (1983/1999) enfatiza que el narcisismo también encuentra su reafirmación a través del reconocimiento y aceptación de un objeto externo. Es así como la pérdida, el fracaso, la decepción, la falta de amor en la relación con el objeto es, sobre todo, una falta de valor y de reconocimiento del otro que provocan la herida narcisista (corporal, intelectual, moral) como un signo de la dependencia que se tiene hacia dicho objeto para la obtención de satisfacción de sus necesidades y deseos pulsionales. En este sentido la investidura que se tiene hacia el objeto se retrae hacia el yo y lo ataca, sin darse cuenta, que tal ataque recae sobre él mismo. El sentimiento que prevalece es el de perjurio o injusticia y se diferencia de la melancolía porque no hay autorreproches. Entre otras situaciones, puede devenir en depresión o incluso provocar envidia cuando el objeto goza sin conflicto, provocando reacciones de índole agresiva ocasionadas por la desligazón pulsional. La relación entre pulsión de muerte y narcisismo es lo que Green denomina narcisismo negativo.

En el estadio oral, una de las características principales es el autoerotismo (ausencia de objeto externo) porque para el bebé todo proviene de él mismo; será más adelante que establezca relación con la madre y el resto de los objetos. Es por ello que las pulsiones se dirigen primeramente hacia la propia persona y posteriormente hacia los demás. En términos de la pulsión de muerte, una parte se vuelca sobre el propio individuo como en el masoquismo primitivo y otra sobre los objetos a manera de agresión. En este caso, la pulsión agresiva es la que se proyecta sobre los objetos con el fin de destruirlos.

En la melancolía la pulsión de muerte y la regresión se conjugan con sus agentes etiológicos. La melancolía es un estado afectivo doloroso, una herida abierta donde desembocan las manifestaciones hostiles que parten de la pulsión de muerte y son dirigidas a un objeto perdido, pero por estar introyectado, se dirigen hacia la propia persona a manera de autorreproches, sentimientos de culpa por perderlo, humillaciones y maltrato, provocando la pérdida de respeto por sí mismo y el amor propio. Por otro lado Freud (1917/1981) agrega: "El análisis de la melancolía nos muestra ahora que el yo no puede darse muerte sino cuando el retorno de la carga de objeto le hace posible tratarse a sí mismo como un objeto" (Freud, 1917/1981, p. 2097). Abraham (1924/1981) esclarece que la regresión en el melancólico se efectúa a la primera etapa del desarrollo libidinal y no al estadio anal como Freud había promulgado. De esta manera, la libido regresa al estadio oral-sádico donde el "canibalismo" sobresale por ser una manera de incorporar sádicamente al objeto con afán de poseerlo. Entonces, la regresión se presenta como el movimiento que lleva de la elección narcisista al narcisismo como primer modo de relación, propio de la etapa oral-sádica del desarrollo que es provocada por la pérdida del objeto de amor y cuyo duelo se convierte en patológico.

La relación ambivalente con los objetos remite a la fase anal del desarrollo, que radica entre poseer o expulsar al objeto a partir del control esfinteriano. En la neurosis obsesiva el movimiento hacia atrás desemboca en este estadio y con el propósito de evitar perder al objeto, reacciona con violencia. La regresión se lleva a cabo por la presencia de un peligro que pone en riesgo a ese objeto que, por supuesto, es importante por la investidura pulsional que se ha depositado en él. El melancólico, por su parte, retrocede a la fase oral-sádica. Aquí la relación con el objeto se pierde, es expulsado analmente y reincorporado oralmente. La fijación por ser un lazo estrecho entre la pulsión y el objeto, impide la movilidad de dicha pulsión que, en el caso del melancólico, está atada al estadio oral. Es por eso que en la melancolía la investidura de objeto es doble: por una parte regresa a la identificación debido a la fijación del narcisismo que, bajo la influencia de la

ambivalencia, fue trasladada hacia atrás, hacia la etapa del sadismo. Así, el sadismo de la instancia crítica se vuelve sobre el yo.

Esta relación con el sadismo explicaría, de alguna manera la dinámica de las fuerzas que se mueven en el interior para que las acciones en contra de la propia persona lleguen a atentar contra su propia vida, tales como el rechazo de la comida o el suicidio, donde el impulso de matar se revierte sobre el individuo.

Para Klein (en Heimann, 1952/1975) todo objeto tiene un investimento de ambos instintos, por lo que la relación hacia los objetos es siempre ambivalente y la fusión pulsional será diferente para cada persona. Por otro lado afirma que la frustración de las necesidades físicas puede ser la base de una hostilidad posterior dirigida al objeto. El resentimiento, por ejemplo, es una vuelta a sentir lo sufrido por un objeto, alberga emociones sádicas donde se desliga y religa al objeto por la ambivalencia sentida hacia él, complicando el proceso de duelo (Kancyper, 1995). El duelo, por su parte, se asocia con la pérdida de un objeto, sea real o simbólica como el rompimiento con la pareja, perder el trabajo, un embarazo, la salud, etc. Esta ruptura lleva a la persona a retraerse sobre sí, pero en un siguiente momento y tras el proceso de duelo, la persona desplaza su libido hacia un nuevo objeto, movimiento que no pasa con la melancolía ni con el resentimiento. En éste último la repetición impide el avance y la persona está viviendo constantemente el pasado, recordándolo sin olvidar y sin mantenerlo a distancia; se cristaliza. Se repiten los sentimientos y las representaciones. Es un dolor que no cesa y lleva a la herida originaria por trauma o agravio narcisista, donde la agresividad está bajo la tutela de la pulsión de muerte. En el caso del remordimiento, que bien se puede definir como una vuelta a morderse, despliega desquites repetitivos sobre la propia persona motivados por el superyó a manera de culpas y pensamientos sádicos.

En los reproches y el sentimiento de culpabilidad por la pérdida de objeto sólo pueden provenir del superyó, pues es una instancia representante de normas

morales y sociales ya introyectadas en la persona. El superyó se constituye con la solución del complejo de Edipo, se renuncia a los deseos amorosos y hostiles para dar lugar a la identificación con el progenitor del mismo sexo; las prohibiciones se interiorizan y fortalecen con las exigencias sociales y culturales. Para algunos autores como Klein la aparición del superyó se constituye a una edad más temprana porque los objetos buenos y malos introyectados son los que darán lugar a esta estructura. Encontramos, referencia a cuando Freud dice que la pulsión está en todas partes y más aún, cuando en el capítulo séptimo de *El malestar de la cultura* (1930/1981) afirma que es a partir del Ello de donde se desprende en un principio el yo y posteriormente el superyó. En el caso de la melancolía y el masoquismo tenemos a un superyó investido de pulsión de muerte que se desborda sádicamente sobre la propia persona, como si esta instancia crítica tomara al yo como objeto.

Con el estudio de la melancolía se abre la puerta también para entender la depresión. Para Acevedo (s/f) las mayores ansiedades y conflictos en la depresión están directamente conectados con el temor al abandono de objeto y al desarrollo de la agresión hacia éste. Estas manifestaciones están presentes especialmente en las fantasías y los sueños repetitivos, en el nivel oral, se expresan como voracidad y demandas excesivas y, en el anal, como retención, empobrecimiento, sadismo y masoquismo. Pero también estas características los asocia con la anorexia y la constipación.

Por otra parte, el trastorno en la alimentación está estrechamente relacionado con el vínculo que se establece entre la madre y el bebé a partir de la alimentación. Por este vínculo la madre es un objeto importante y es a esta figura a quien se rechaza a través del rechazo del alimento. En este rechazo del vínculo hostil que se establece con la madre se encuentra la pulsión de muerte como predominante. El conflicto de la alimentación representa la pugna entre ambas pulsiones (Padilla y González Olivares, 2002).

La regresión, entonces, es un movimiento hacia atrás, hacia un evento del pasado, hacia una estructura, un modo de relación, un conflicto, un recuerdo, un lugar, pero se revive desde el presente, o mejor dicho, en el presente mismo. Es por esto, que su relación con la pulsión de muerte en la compulsión a la repetición es estrecha, pues esta última se vale de ese movimiento hacia atrás para traerlo al presente y a través de la pulsión de muerte lo repite compulsivamente evitando el avance; el síntoma se repite dolorosa y compulsivamente, sin que la persona pueda evitarlo conscientemente.

La compulsión a la repetición es descrita por Freud en 1920 como una situación irresuelta, que no logra explicar bajo el fundamento del principio del placer; tal es el caso de la neurosis traumática, pero también es la repetición de comportamientos, formas de pensar o actuar ante ciertos eventos, la elección en la relación con otros objetos, repetición de síntomas, etc.

El pasado resurge en el presente sin que la persona se lo proponga. Una vieja situación no resuelta lleva al sujeto a la repetición del acto en cuestión en el intento de resolverlo y ponerle fin a esa compulsiva repetición que conscientemente se quiere detener por ser dolorosa pero no puede por la fuerza constante del inconsciente que tiende a arrastrarlo al momento de la situación de conflicto y, que además, no fue resuelta. En la neurosis traumática el evento generador del trauma se repite, provocando que el sujeto reviva las sensaciones de entonces.

La regresión da pie al resurgimiento del pasado, como en el caso del recuerdo. A partir de éste se pueden traer imágenes tanto agradables como dolorosas, placenteras o desagradables. Pero existen otras situaciones que traen de vuelta el pasado a través de la enfermedad, dinámicas en el modo de relación, en la somatización, etc., sin que la persona se percate de ello. Si es doloroso, seguramente está de por medio la pulsión de muerte.

Aquello que aparece del pasado y se reproduce en el presente está directamente relacionado con escenas conflictivas reprimidas y donde los personajes son siempre iguales pero en la reproducción las personas son otros, los del presente. La escena es la misma y los rostros son los que cambian. Éstos traen hacia sí la energía de la pulsión y ésta se adecua a la nueva situación, con un nuevo rostro (Nasio, 1998-1999).

Estas situaciones reprimidas pueden ser el punto de partida para eventos importantes, como en el caso de la reproducción de síntomas dolorosos que con cada manifestación rompen la barrera de la represión y salen a la luz bajo distintas caretas o disfraces. El síntoma se repite estructural y temporalmente. Con el primero se repite lo reprimido y con el segundo lo renueva en lo actual en distintas ocasiones en tiempo y lugar. La tendencia a accidentarse o algunas enfermedades psicosomáticas corresponden a esta modalidad en la repetición de síntomas. De igual forma, en la transferencia los patrones se repiten, se proyectan sobre el analista y su relación con él remite a una relación pasada pero actualizada en el consultorio. El analista también trabaja con estas pulsiones.

Las pulsiones ahora en lugar de alcanzar la satisfacción reproducen el pasado para imponerlo en el presente en forma de una acción dolorosamente compulsiva. En última instancia, las pulsiones tienden a ir hacia atrás para recrear una situación pasada en el presente, trasladarlo. Repite el pasado para crear uno nuevo y, como la persona no recuerda sino repite, el evento aparece como actual.

Sólo la pulsión de muerte es la promotora de la repetición, pues es la que tiene por fin el retorno al estado anterior, aunque ese retorno sea una compulsión a repetir situaciones penosas. La pugna interior se mueve entre el placer y el dolor. Pulsión de muerte y regresión son movimientos comunes y recurrentes en la mayoría de las personas que impiden el avance constante y pleno, que conjugados, impiden el disfrute de la propia vida.

CONCLUSIONES

La pulsión de muerte y la regresión son conceptos con historia propia de la cual aún falta mucho por decir, pues en este trabajo documental, centrado en textos freudianos leídos y releídos por muchos, sólo se enfatiza y a manera de directriz, la relación que existe entre ambos desde una perspectiva conceptual. El aspecto práctico bien podría representar un complemento a esta presentación, ya que el enlace que existe entre la pulsión de muerte y la regresión está en comunión con la personalidad en general y donde la sintomatología en un sentido amplio tiene las puertas abiertas en dicha convergencia.

El concepto de pulsión en psicoanálisis se vuelve un eje fundamental para explicar la estructura mental y la dinámica de las fuerzas energéticas que determinan el comportamiento consciente e inconsciente de la persona. Con el principio del placer el enfoque de la pulsión tiene su razón de ser en el aumento y disminución de las tensiones internas generadas por las pulsiones, y a partir de ello Freud explica la conducta del individuo sobre la base de la sexualidad que se pone en juego desde la infancia.

Con la concepción de las pulsiones de vida y muerte el enfoque de Freud cambia, quita el acento sobre la tensión que éstas generan; las considera ahora como parte de la estructura del individuo, como elementos fusionados siempre presentes en cada una de las funciones y proceso psíquicos. La pulsión sexual para Freud tiene una gran importancia dentro de la teoría de las pulsiones, es la principal fuerza en la etiología de las neurosis y perturbaciones en general. Toda explicación del funcionamiento psíquico posee un componente sexual que lo respalda.

La pulsión sexual, en el contexto del principio del placer, se presenta parcialmente a lo largo de los estadios del desarrollo a partir de los cuales, se apunala o apoya sobre las funciones corporales para alcanzar la su fin. El fin para Freud es la satisfacción, lo cual parece comprensible desde la perspectiva en donde la conducta tiende a la liberación de tensión que se ha generado y con su descarga se consigue el placer como el fin de toda pulsión. Con la presencia de la pulsión de muerte este fin ya no parece tan claro sobre todo porque esta pulsión no lleva al placer en sí sino al dolor en general. De esta manera, el fin de las pulsiones deja de ser la satisfacción y es sustituido por la unión de Eros y la destrucción de la pulsión de muerte.

La pulsion de vida y la pulsión sexual Freud las unifica con el nombre de Eros. Sin embargo, tienen diferentes fines y de hecho, en textos posteriores de la segunda teoría pulsional sólo se hace referencia al fin de Eros, la unión. Parece ser que cambia el fin pulsional libidinal del placer a la unión.

El principio del placer es una doctrina que Freud toma como base y fuente de toda la conducta humana. El todo poderoso, como en ocasiones denominan a este principio, resulta corto en respuestas para la comprensión del funcionamiento psíquico. Sin embargo, Freud con dificultad deja de lado esta concepción y por el contrario la incorpora en una nueva dualidad compuesta por la pulsión de muerte y la pulsión de vida (Eros), teoría que a la larga deja también con sus lagunas. Las pulsiones que concebía desde el principio del placer se abarcan bajo los lineamientos de las nuevas, especialmente de Eros, pues es quien acoge a la pulsión sexual y a la del yo. Por su parte, la pulsión de muerte tiene su fundamento en la reducción de tensiones a cero, a la descarga total que llevaría al individuo a un estado previo de lo animado. En el capítulo dedicado a la pulsión de muerte se encuentran algunas ideas a partir de las cuales, Freud gesta cada vez más el pensamiento de que en el individuo existe un elemento sádico que cohabita en el propio individuo más allá del placer y displacer establecidos. Así como el

elemento sexual era responsable del principio y fin de las afecciones en la persona, ahora es la pulsión de muerte.

En lo que respecta a la concepción de objeto, originalmente Freud lo considera un elemento susceptible de cualquier representación, haciendo alusión de ser un pensamiento, una idea, una fantasía, etc., parece poseer el atributo de flexibilidad, pero en textos posteriores, parece más limitado, porque con el concepto de objeto sólo hace referencia a individuos. Así, se entiende que si uno dice "el primer objeto de amor", automáticamente se piensa en la madre, o bien, en otra frase como "a los demás objetos" se refiere a las demás personas.

El fenómeno de regresión lo encontramos en diferentes manifestaciones dentro de la dinámica psíquica, generalmente relacionados con la etiología de perturbaciones en el individuo, pero su aparición no siempre es de esta manera. Si partimos de la idea de que ambas pulsiones se encuentran involucradas en todo el funcionamiento psíquico, entonces Eros también lo haría en la regresión. En este trabajo no se ahonda en el papel de Eros pero podría ser parte de uno posterior.

La regresión, por su parte, se presenta como un factor generador de neurosis, encuentra la vía hacia atrás a causa de la frustración y se dirige hacia los puntos donde la pulsión está ligada a un objeto, la cual termina repercutiendo en la manifestación de síntomas. La fijación de las pulsiones son un caldo de cultivo para neurosis y sintomatología, así como para dar estructura y un respaldo al yo frente a los peligros que se susciten.

La angustia neurótica está enlazada con un peligro interno, un peligro que tiene su inevitable conexión con las pulsiones, particularmente con la pulsión de muerte. En la situación del presente la persona relaciona ese temor con uno anterior, y es sobre éste último por el que reacciona a causa de la sensación de desvalidez que ya había vivido pero que ahora se presenta con un nuevo rostro.

En el caso de la angustia hay dos regresiones, la primera por el recordatorio de que ya se ha vivido una situación angustiante en algún momento o en varias fases del desarrollo, provocando la sensación de desvalidez y; la segunda, sería en términos del yo, porque si esta instancia se vale de la regresión para responder ante el peligro de una manera que ya había sido útil en otras ocasiones, pues entonces hay una regresión del yo hacia ese modo de respuesta para aplicarlo en el presente y hacerle frente al peligro actual.

Freud dice que la pulsión de muerte es "muda", aseveración que tiene parte de cierto porque a las pulsiones es difícil encontrarlas en sus formas puras -como él diría- y una vez que se manifiestan en el individuo o en su relación con los demás objetos, entonces se hacen notar. Sin embargo, si se piensa en la fusión de las pulsiones también se remite a la idea de que están así gracias a Eros, pues es justamente esta instancia quien las mantiene unidas y en su afán por dominar a la pulsión de muerte la proyecta hacia fuera, sobre los objetos, a través del sistema muscular.

El papel de la pulsión de vida es menos notorio en apariencia si se le compara con la pulsión de muerte, finalmente las pulsiones están fusionadas y sólo de vez en vez se defusionan. Particularmente, este acontecimiento se lleva a cabo cuando la pulsión de muerte sobrepasa al Eros, provocando la defusión de las pulsiones. Es así, como la pulsión de muerte encuentra su salida a partir de sus manifestaciones como en la agresividad o autodestructividad.

La pulsión de muerte tiene la finalidad de ir hacia atrás por ser esa su naturaleza, la regresión por su parte también se mueve por la presencia de las pulsiones pero es activada bajo la tutela del yo. La regresión se lleva a cabo por la presencia de un peligro y es entonces cuando por sentir que pierde al objeto reacciona con violencia para evitarlo, como es el caso de la neurosis obsesiva.

Las pulsiones, en alguna medida movilizan al yo, así, la pulsión de muerte también moviliza a la regresión para llegar a un estadio previo del desarrollo donde quedó fijada. Se puede decir que la pulsión de muerte se vale de la regresión para conseguir su fin, pues, en última instancia regresa a donde la pulsión se ligó, a una fase del desarrollo supuestamente ya superada. La regresión como tal no posee la capacidad de ligarse a los objetos pero la pulsión sí.

El pensamiento progresivo que Freud plantea a lo largo de la fundamentación del psicoanálisis parece quebrantarse con el descubrimiento de la pulsión de muerte. El movimiento hacia atrás no es novedoso en sí porque ya lo había contemplado desde el ámbito de los sueños para explicar su primera estructura psíquica e introducir el concepto de regresión, pero ahora ese movimiento es parte de la pulsión de muerte por ser una fuerza que expresa esta dirección como una finalidad. Además, la tendencia hacia atrás también promueve el resurgimiento de lo doloroso, circunstancia que antes no había previsto por la idea del avance progresivo.

Las pulsiones ahora en lugar de alcanzar la satisfacción reproducen el pasado para imponerlo en el presente en forma de una acción dolorosamente compulsiva. Este fenómeno consolida el síntoma por su aparición en reiteradas ocasiones. El carácter repetitivo de la pulsión ya no puede ser considerado como una característica propia de las pulsiones, sólo de la pulsión de muerte. El pasado doloroso resurge y se repite sin que la persona sea capaz de detenerlo. El pasado reaparece y se hace presente.

A lo largo del crecimiento, el niño va desarrollando habilidades cognitivas y motoras. La pulsión va también a la par de este desarrollo como un elemento emocional de la persona, se involucra mas no interviene en los dotes y

capacidades del individuo, pero sí puede repercutir en la aplicación de éstas, así como en el autoconcepto, la dinámica de personalidad y, por supuesto en el establecimiento de relaciones con otras personas. En este sentido, la dinámica de la pulsión y su respectiva influencia en los estados emocionales, así como en sus representaciones sigue siendo un campo abierto a investigaciones.

La infancia marca la dirección de lo que será la vida de los individuos. Esta etapa de la vida para quienes la padecen, deja de ser un conjunto de recuerdos que forman parte de su historia, por el contrario, la compulsión a la repetición señala que hay pasados o infancias que continuamente se reviven.

Situaciones pasadas se actualizan con las presentes, es así como la relación con un objeto se puede revivir a través de la transferencia en la relación con el analista. Independientemente de esta relación, conocer la fuente de los síntomas puede proporcionar la clave para comprenderlos, saber el movimiento de sus pulsiones en la estructura de personalidad y en el cómo afectan la vida del paciente. Finalmente, el analista también trabaja con las pulsiones del paciente.

En *Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte* (Freud, 1915/1981) no logra entender la naturaleza de la agresión en relación con la guerra. Es en este texto que ya contempla un elemento hostil hacia un ser amado, como propio de la naturaleza humana, pero así como le cuesta trabajo reconocerlo a él después de algunos años de trabajo en el psicoanálisis, parece que también en la historia de cada individuo se dificulta reconocerlo.

Bibliografía

- Abadi, M. (1993). "Identikit de la angustia" en Revista de psicoanálisis, APA, 50 (6), 1093-1108.
- Abraham, K. (1924/1980). Psicoanálisis Clínico. Buenos Aires: Paidós.
- Alvarez, A. R. (1966). Revisión psicológica de los conceptos de instinto de muerte y necrofilia. Tesis de licenciatura, México, D.F., UNAM.
- Balint, M. (1979). La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión. Barcelona: Paidós.
- Basch, A. (1980). "Algunas ideas acerca del concepto de compulsión a la repetición". Revista de Psicoanálisis, APA, 37 (6), 1349-1357.
- Bergler, E. (1959). La neurosis básica. La regresión oral y el masoquismo psíquico. Buenos Aires: Ediciones Hormé.
- Brenner, Ch. (1968/1983). Elementos fundamentales de psicoanálisis. Argentina: Libros Básicos SCA.
- Brusset, B. (1994). El desarrollo libidinal. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Cueli, J., R. de Aguilar, L., Martí, C., Lartigue, T., Michaca, P. (1972/1994). Teorías de la personalidad. México: Trillas.
- Doltó, F. (1974/1996). Psicoanálisis y pediatría. México: siglo XXI.

- Etchegoyen, R. H. (1986). Los fundamentos de la técnica psicoanalítica. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Fenichel, O. (1973/1991). Teoría Psicoanalítica de la Neurosis. México: Paidós.
- Freud, A. (1961/1999). El yo y los mecanismos de defensa. México: Paidós.
- Freud, S. (1900/1981). La interpretación de los sueños. Obras Completas. México: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1905/1981). Tres ensayos para una teoría sexual. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1910/1981). Concepto psicoanalítico de las perturbaciones patógenas de la visión. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1911/1981). Los dos principios del funcionamiento mental. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1913/1981). La disposición a la neurosis obsesiva. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1914/1981). Introducción al narcisismo. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1914/1981). Recuerdo, repetición y elaboración. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1915/1981). Instintos y sus destinos. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Freud, S. (1915/1981). La represión. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1915/1981). Duelo y melancolía. Obras Completas. México: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1915/1981). Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1917/1981). Lecciones introductorias al psicoanálisis. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1919/1981). Lo siniestro. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1920/1981). Más allá del principio del placer. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1923/1981). Psicoanálisis y teoría de la libido. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1923/1981). El yo y el ello. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1923/1981). La organización genital infantil. Adición a la teoría sexual. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1924/1981). La disolución del complejo de Edipo. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Freud, S. (1924/1981). El problema económico del masoquismo. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1925/1981). La negación. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1926/1981). Inhibición síntoma y angustia. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1930/1981). El malestar en la cultura. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1931/1981). Sobre la sexualidad femenina. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1933/1981). Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1937/1981). Análisis terminable e interminable. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1938/1981). Moisés, su pueblo y la religión monoteísta. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1940/1981). Compendio de psicoanálisis. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- González Núñez, J. J. y Simo, J. (1995). Sobre la supervisión psicoanalítica. México: Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, A.C.

- González Núñez, J. J. Y Rodríguez, M. P. (2002). La terapia psicoanalítica: teoría y técnica. México: Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, A.C.
- Greenson, R. (1976). Técnica y Práctica del Psicoanálisis. México: siglo XXI.
- Green, A. (1983/1999). Narcisismo de vida, narcisismo de muerte. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Green, A. (1997). Las cadenas de Eros. Actualidad de lo sexual. Amorrortu editores.
- Green, A., Ikonen, P., Laplanche, J., Rechartd, E., Segal, H., Widlöcher, D., Yorke, C. (1989). La pulsión de muerte. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Guttón, P. (1983). El bebé del psicoanálisis. Perspectivas clínicas. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Hartman, H. (1969). Ensayos sobre la psicología del yo. México: Fondo de Cultura Económica.
- Heimann, P. e Isaacs, S. (1952/1975). La regresión. Heimann, P., Isaacs, S., Riviere, J. En Melanie Klein Desarrollos en psicoanálisis (p.p. 153-175). Buenos Aires: Paidós-Hormé.
- Heimann, P. (1952/1975). Notas sobre la teoría de los instintos de vida y de muerte. Heimann, P., Isaacs, S., Riviere, J. En Melanie Klein Desarrollos en psicoanálisis (p.p. 277-289). Buenos Aires: Paidós-Hormé.

- Horney, K. (1951/1990). La personalidad neurótica de nuestro tiempo. México: Paidós.
- Kancyper, L. (1995). "Resentimiento y odio en el duelo normal y patológico" en Revista de psicoanálisis, APA, 52 (2), 451-461.
- Kerlinger, F. (1988). Investigación del Comportamiento. México: Mc Graw Hill.
- Klein, M. (1928/1986). Estadios tempranos del conflicto edípico. Obras Completas. Buenos Aires: Paidos-Hormé.
- Klein, M. (1930/1986). La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo. Obras Completas. Buenos Aires: Paidos-Hormé.
- Klein, M. (1932/1987). Primeros estadios del conflicto de Edipo y de la formación del superyó. Obras Completas. Buenos Aires: Paidos-Hormé.
- Klein, M. (1946/1988). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. Obras Completas. Buenos Aires: Paidos-Hormé.
- Klein, M. (1948/1988). Sobre la Teoría de la ansiedad y la culpa. Obras Completas. Barcelona: Paidós.
- Klein, M. (1952/1988). Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé. Obras Completas. Buenos Aires: Paidos-Hormé.
- Laplanche, J. (1980). La angustia. Problemáticas 1. Buenos Aires: Amorrortu editores.

- Laplanche, J. (1973). Vida y muerte en psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1967/1996). Diccionario de Psicoanálisis. Barcelona: Paidós.
- Lichtmann, A. (1989). "Del narcisismo a la pulsión de muerte" en Revista de psicoanálisis, APA, 46 (2/3), 317-327.
- Mannoni, O. (1987). Freud. El descubrimiento del psicoanálisis. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Menninger, K. A. y Holzman, P. S. (1973). Teoría y Técnica Psicoanalítica. Argentina: Psique.
- Nasio, J.-D. (1998-1999). "El concepto de compulsión a la repetición" en Revista de psicoanálisis, APA, Número especial internacional, (6), 181-195.
- Padilla, T. y González, M. L. (2002). "Aportaciones de la psicoterapia psicoanalítica en el tratamiento de un paciente con desórdenes de la alimentación" en Revista Alétheia del Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, A.C. 21, 23-40.
- Ramírez, S. (1977/2000). Infancia es destino. México: siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1970). Freud: una interpretación de la cultura. México: siglo XXI.
- Rodríguez, K y Solveig, E. (1993). La transferencia y la pulsión de muerte en la obra de Freud. Tesis de licenciatura, México, D.F. UNAM.

Rollo, M. (1968). La angustia normal y patológica. Buenos Aires: Paidós.

Rosenberg, B. (2001). El yo y su angustia. Entre pulsión de vida y pulsión de muerte. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Segal, H. (1994). Introducción a la obra de Melanie Klein. México: Paidós.

Tallaferro, A. (1993). Curso básico de Psicoanálisis. México: Paidós.

Internet

<http://csociales.uchile.cl/publicaciones/thesis/02/ensayos/polmue.htm>

http://galeon.hispavista.com/pcazau/mo_psi028.htm

<http://herrerros.com.ar/melanco/cazau.htm>

<http://herrerros.com.ar/melanco/mizrahi.htm>

<http://herrerros.com.ar/melanco/dymfreud.htm>

<http://herrerros.com.ar/melanco/mendilaharsu.htm>

<http://herrerros.com.ar/melanco/tesis7.htm>

<http://www.cartapsi.org/revista/no1/vives.htm>

<http://www.edupsi.com/pulsion>

<http://www.monografias.com/trabajos7/pumu/pumu.shtml>

<http://www.xtec.es/~irebollo/>